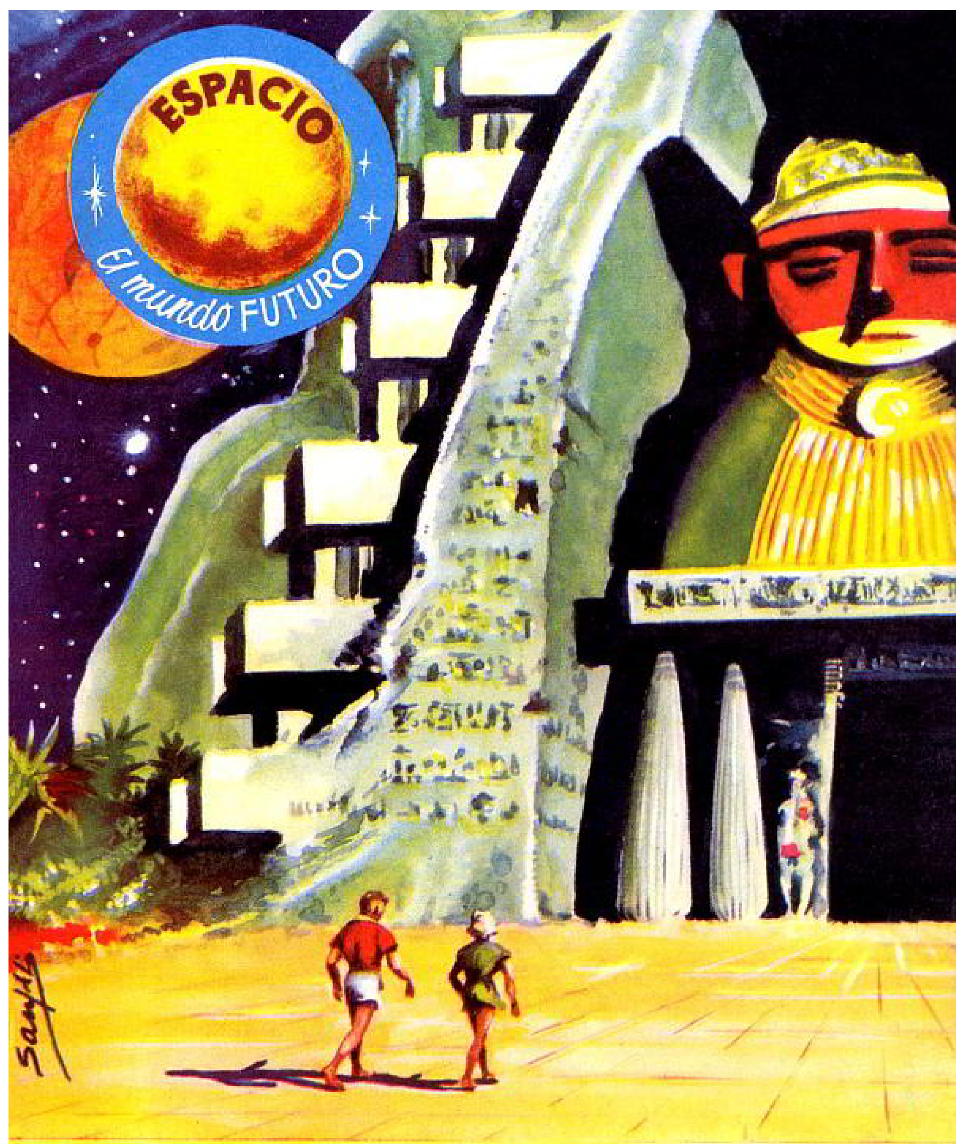


EL PAÍS DE ERIANTHE

CLARK CARRADOS

Suele decirse, y con fundamentada razón, que el hombre que hace planes para un plazo de tiempo superior a cinco minutos, es hombre que olvida la existencia de una palabra que acostumbra a llamarse destino.

Generalmente, dichos planes suelen ser llevados a la práctica; pero quien los haga sin contar con las intemperancias del destino puede exponerse a muy graves fracasos, de algunos de los cuales es difícil, por no decir imposible, reponerse.

Esto lo digo por experiencia pues en cierta ocasión me disponía a encender un cigarrillo y tardé bastante más tiempo del que yo creía, en poder ejecutar tan sencillo acto.



Clark Carrados

El país de Erianthe

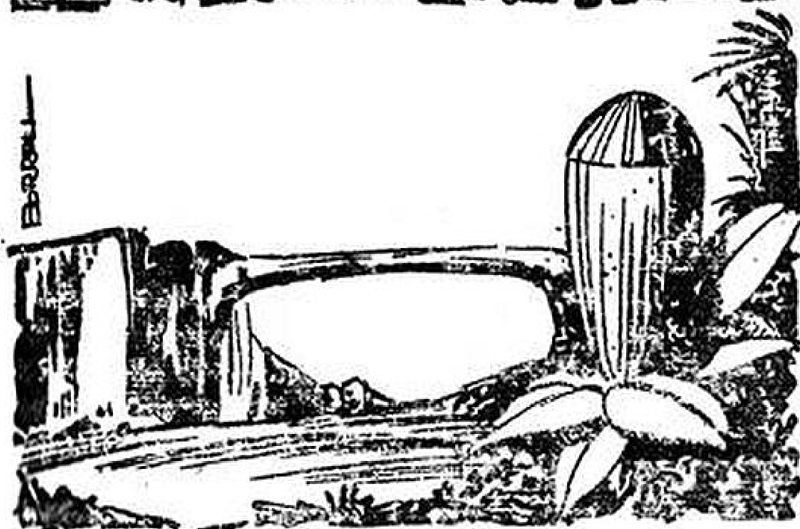
Bolsilibros: Espacio - El Mundo Futuro - 176

ePub r1.0
LDS 13.09.18

Título original: *El país de Erianthe*
Clark Carrados, 1959
Cubierta: Sanfili
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



EL PAIS de ERIAVTHE



CAPÍTULO PRIMERO


uele decirse, y con fundamentada razón, que el hombre que hace planes para un plazo de tiempo superior a cinco minutos, es hombre que olvida la existencia de una palabra que acostumbra a llamarse destino.

Generalmente, dichos planes suelen ser llevados a la práctica; pero quien los haga sin contar con las intemperancias del destino puede exponerse a muy graves fracasos, de algunos de los cuales es difícil, por no decir imposible, reponerse.

Esto lo digo por experiencia pues en cierta ocasión me disponía a encender un cigarrillo y tardé bastante más tiempo del que yo creía, en poder ejecutar tan sencillo acto.

No quiero alarmar a los lectores con las precedentes palabras, sino simplemente llamar su atención acerca del aforismo que encabeza la presente narración y cuyo autor, bien pudiera ser tanto Confucio como Mahoma u otro cualquiera de los miles de hombres célebres que fueron y se dedicaron a legar frases no menos célebres

para uso y recreo de la posteridad; es decir, de nosotros.

Me disponía, pues, a encender el mencionado cigarrillo y ya tenía la cabeza de la cerilla aplicada contra el rascador, cuando algo me lo impidió.

No fue la lluvia, desde luego.

El día era claro y la temperatura excelente. De un rincón de mi confortable estudio salían, tenues y sinuosas, las dulces notas de una canción de moda y sobre mi mesa se hallaba un alto vaso conteniendo una buena dosis de refresco con que me disponía a premiarme tras una dura tarea de trabajo.

En tal posición me encontraba cuando, de repente, sonó el zumbador de mi visófono. Alguien, sin duda un importuno, pues sólo podía serlo a tales horas en que el día estaba finalizando, trataba de comunicarse conmigo.

Dejando los adminículos de fumar en un cenicero que no había utilizado en todo el día, toqué la palanquita que ponía en funcionamiento el aparato de comunicación visual y auditiva, al mismo tiempo que, «in mente», dirigía cuatro lindezas al osado que se atrevía a turbar mi descanso.

La rubicunda faz del conserje del edificio en que me alojaba apareció al instante en la pantalla.

—Señor Tallacher —me dijo—, hay unos señores que desean verle.

Torcí el gesto de modo que Sam —el conserje—, pudiera verlo bien.

—Sam, viejo búho, sabes de sobra que no recibo visitas sin haber sido concertadas de antemano —le dije, muy fastidiado, pues en aquellos momentos mi mayor ilusión era gozar de mi merecido descanso.

—Lo siento, señor Tallacher, pero han insistido tanto que…

«Los diez dólares que te han dado, ladrón», dije para mis adentros. Luego, resignado, alcé la voz:

—Está bien; diles que suban.

—No se arrepentirá, señor Tallacher. Verá cómo…

Corté en seco sus palabras de protesta mediante el expeditivo procedimiento de cortar la comunicación. Después de lo cual, y no queriendo que mis visitantes me tomaran por un dipsómano empedernido, hice desaparecer, con no poco sentimiento por mi

parte, el vaso de refresco. Fui corriendo a mi dormitorio, me puse una chaqueta sobre la camisa y luego regresé al estudio, Justo con el tiempo para oír sonar el zumbador de la puerta.

Con los dedos eché hacia atrás mi rebelde cabello color de arena. Guardé las gafas en el bolsillo superior del traje y me encaminé hacia la entrada del apartamento. Abrí la puerta, y un segundo más tarde la boca, esta de una forma tan pronunciada que, según me contaron más tarde mis visitantes, llegaron a temer se me hubieran desencajado las mandíbulas.

El maldito chismoso de Sam me había engañado, aunque no pueda decir lamentablemente. Yo había esperado ver a dos, tres o quizá cuatro seres de mí mismo sexo, pero nunca a la beldad que me acababa de aparecer bajo el dintel de la puerta. Por supuesto, que la tal beldad venía acompañada, pero su hermosura era tal que, a pesar de que el hombre que venía a su lado hubiera destacado en cualquier otra parte, allí aparecía borroso, difuminado como la visión captada por una cámara desenfocada.

Era perfecta.

Ella era alta, esbelta, de magníficas proporciones anatómicas, tocada con suma sencillez, lo cual hacía resaltar aún más la elegancia de sus vestidos, de carísima factura, cosa que podía deducir hasta el más lego de la materia. Tenía el cabello de un color como no lo he visto jamás, pues parecía hecho de hebras de metal que a veces daban reflejos acerados y en otras ocasiones despedían destellos como de oro batido. Su rostro era un perfecto óvalo, en el cual destacaban, además de un par de perfectos labios rojos, dos enormes ojos cuyas pupilas eran de un verde cien veces más intenso que el costosísimo collar de esmeraldas que ceñía su cuello de cisne.

Pero con extrañarme y admirarme esto mucho aún había algo que me extrañó y admiró más todavía: su tez. Era de una piel suave, dorada, como si todo su cuerpo hubiera sido sumergido en un baño de dicho metal, pero continuando en la posesión de todas sus propiedades de tersura y elasticidad, sin que, a pesar del tono más obscuro que el del común de los mortales —a los de raza blanca me refiero—, pudiera decirse de ella que tenía en sus venas rastro alguno de mezcla de sangres distintas.

Ella sonrió y su gesto fue suficiente para arrancarme de aquella especie de éxtasis en que había caído.

—El profesor Tallacher, ¿verdad? —murmuró con una voz deliciosa, de cálidos y aterciopelados tonos.

Pude hallar las fuerzas suficientes para echarme a un lado.

—El mismo. Tengan la bondad de pasar, por favor.

Una vez que hube cerrado la puerta, les conduje, precediéndolos, hasta mi estudio. Me di cuenta de que el hombre la seguía como si fuese un guardaespaldas o escolta y que llevaba en la mano un gran portafolios, muy grueso y, por lo que podía ver, bastante pesado.

Se sentaron frente a mí, en un amplio diván. Entonces, ella dijo:

—Antes de entrar en materia, hagamos las debidas presentaciones, profesor. Yo me llamo María Cristina Fernández de Azaneda y el caballero que me acompaña respondo al nombre de Gabriel.

Miré a Gabriel. Era de mediana estatura, delgado pero fuerte y de piel algo más oscura que la de María Cristina, Sus ojos oran negros, profundos y aún en aquellos momentos no parecían gozar de mucha tranquilidad en sus órbitas, teniendo siempre una expresión huidiza e inestable que me desagradó profundamente.

Gabriel me sonrió y al hacerlo me enseñó la dentadura más estrafalaria que jamás había visto en mi vida, no porque toda ella fuese de oro, sino porque en todos los dientes superiores tenía incrustada— ¿capricho de un lunático o un monomaníaco?—, una esmeralda diminuta, lo que daba la impresión de que el tipo se hubiera colocado en la boca una pulsera de pedida en lugar de una dentadura postiza.

Aparté mi vista de la de Gabriel —cuyo apellido jamás he sabido —, y la fijé en la de María Cristina, cosa, por otra parte, mucho más agradable.

Ella volvió a sonreírme, después de que yo hube dicho que estaba muy complacido de haberles conocido. Y, en lo que respecta a la joven, pues no le calculé más de veinticinco años, esto era completamente cierto.

—Usted —comenzó diciendo ella—, es el profesor Valentín Tallacher, ayudante del fallecido doctor Zorin Guglielmi, el hombre que, a semejanza de Champollion con la piedra de Rosetta, supo descifrar las famosas inscripciones de los templos venusinos, merced a lo cual éstos entregaron a la humanidad terrestre todos sus

secretos.

—Tuve ese honor, señorita Azaneda —murmuré. Ella prosiguió:

—Nuestros informes indican que de todos los discípulos del doctor Guglielmi usted fue el más aprovechado y en quien había depositado toda su confianza, tanto que el doctor solía manifestar que de no haber existido él, sólo usted podría haber ejecutado su labor.

—El doctor —sonreí—, como buen meridional europeo, era muy dado a la broma y a la exageración.

—No —dijo ella—, el profesor no exageraba, cuando menos en su caso, profesor Tallacher. En la rama de la Arqueología que concierne a Venus, es usted hoy por hoy y pese a su indiscutible juventud, la única autoridad con causa suficiente para opinar sin temor a errar en la materia.

—Temo que me está usted halagando demasiado, señorita Azaneda.

—En lo que a usted concierne, carezco en absoluta de imaginación, profesor. No hay ni una sola de mis palabras que no responda a la realidad.

—Muy amable, señorita —murmuré, inclinando ligeramente la cabeza. Después guardé silencio, esperando que ella rompiera el fuego y me expusiera sus propósitos.

Lo hizo y de manera bien brusca, por cierto.

—Profesor —dijo—, ¿le gustaría hacer un viaje a Venus?

Salté en mi asiento al oír sus palabras.

—¿Eh? ¡Cómo! ¿Qué ha dicho? ¿A Venus yo? ¿Por qué? ¿Con qué motivos?

Las palabras salieron de mi boca a borbotones. Suelo ser de natural tranquilo y más bien flemático, poco dado a exageraciones tanto en gestos como en palabras, pero aquello que acababa de escuchar sobrepasaba todos los límites.

Ella sonrió levemente.

He dicho a Venus, profesor. No ha habido error por mi parte.

—No sé qué tengo yo qué hacer en ese planeta —repliqué, un tanto amostazado.

—¿No fue usted discípulo de Guglielmi? —preguntó ella candorosamente.

—Oh, sí, claro; eso lo sabe todo el mundo. Pero no veo la

relación que tiene ese hecho con la de mi viaje a Venus. Estoy muy bien aquí, en la Tierra y…

—Profesor, suele decirse que todo hombre tiene su precio —repuso ella con suave acento—. No, no —agregó presurosamente, extendiendo una mano—, no se trata de comprarle a usted, sino solamente indicarle que, aparte de tener todos sus gastos pagados, cosa lógica y natural, lo recompensaría por sus servicios en la cuantía que usted mismo fijase.

—Pero, bueno, ¿qué clase de servicios son ésos? —inquirí, ardiendo en deseos de saberlo todo.

Ella sonrió, bajando los párpados. Después, volviéndose ligeramente hacia su compañero, murmuró su nombre.

—¿Gabriel?

El individuo asintió. Se inclinó, tomó del suelo el portafolios que había traído y descorrió el cierre relámpago, extrayendo de su interior algo que, en el primer momento, me pareció un ladrillo de tamaño más que regular.

Gabriel me entregó el ladrillo y yo lo tomé, examinando con curiosidad las raras inscripciones grabadas en su pulimentada superficie, que brillaba como un espejo. La piedra tendría unos sesenta centímetros de largo por cuarenta de ancho y unos cinco de grueso. Sus bordes eran absolutamente rectilíneos, ligeramente redondeadas las aristas, excepto en lo que pudiéramos llamar su lado derecho, en el que se advertía claramente la señal de una fractura, como si el ladrillo hubiese sido golpeado y roto deliberadamente. El material de que estaba fabricado era de lo más raro que había visto jamás en mi vida, pues parecía una mezcla de argamasa en la que en lugar de arena se hubiese usado oro en polvo, lo cual le confería un singular color verdoso y provocaba numerosos destellos dorados, que nacían y desaparecían a cada movimiento que se hacía con la piedra.

La inscripción, cuyas letras o grafismos vendrían a medir unos cuatro centímetros de altura, quedaba interrumpida en la parte rota, por lo que era imposible saber qué era lo que decía en su totalidad, aunque se entendían algunas de las frases allí grabadas en la rara escritura venusina.

No obstante, y aunque, como había dicho la señorita Azaneda, era yo una de las máximas autoridades de la materia, no podía dar

en el acto una respuesta a lo que esperaban de mí. Había mucho que estudiar y que descifrar, ya que uno de los defectos, o de las ventajas, según se mire, de la antigua escritura venusina, es que cada inscripción posee su clave, lo que le hace tener un significado completamente distinto, según sea ésta. Hay, naturalmente, algunos signos inmutables, pero otros varían de acuerdo con la clave empleada y esto es lo que hace que la traducción de una inscripción venusina sea particularmente lenta y enojosa.

—¿Y bien, profesor? —dijo ella, al cabo de unos instantes de silencio.

—Sin duda alguna, es una inscripción de la Cuadragésimo Octava Dinastía —dije, señalando el ladrillo—. Aquí veo algunas palabras de fácil traducción, nombres de personas, principalmente. Habla de un tal W’nith, príncipe de elevada alcurnia, al parecer; de otros personajes, llamados Savo, X’barlo y X’kardo; de un país que ellos llaman Ma’anna, que significa: «la estrella que brilla apenas menos que el Sol» y…

Pero el resto necesita de un más profundo estudio, señorita, y no puedo darle la respuesta de inmediato, como sería mi intención.

Vi que los colores habían afluido a su bellísimo rostro, en tanto que su seno palpitaba aceleradamente, sin duda a causa de la excitación que la había acometido.

—Profesor —dijo—, vista desde Venus, ¿cuál cree usted que sería «la estrella que brilla apenas menos que el Sol»?

Parpadeé unos segundos.

—Pues… ¡la Tierra, naturalmente!

—Gracias —sonrió, relajando un tanto su tensión interior; y repitió—: Gracias otra vez. Eso era todo cuanto deseaba saber, aparte de, naturalmente, si usted desea venir con nosotros a Venus.

—¿Por qué? ¿Qué he de hacer yo allí?

—Descifrar el resto de la inscripción, una vez hayamos encontrado el otro fragmento que falta de esa piedra.

La miré nuevamente.

—Sería interesante, desde luego. Pero mis compromisos… —objeté.

—Oh, profesor, yo le indemnizaría de todo, por supuesto —dijo ella calurosamente, y como yo la mirase muy serio, se apresuró a añadir—. No entienda mis palabras como un pacto de compra, profesor, sino solamente un deseo de compensarle por todos los perjuicios que pudiera ocasionarle el aceptar mi proposición. Harto comprendo que usted debe dedicarse a su labor y que ésta no puede abandonarse así, tan fácilmente; pero es que yo tengo un especialísimo interés en que usted venga con nosotros.

—Si sólo se trata de descifrar una inscripción, ¿por qué no me la trae usted aquí, una vez haya hallado el otro fragmento de la piedra? O bien me puede enviar un facsímil fotostático por espaciograma, si no quiere perder tiempo. Mi traslado a Venus, independientemente de lo que pudiéramos llamar honorarios profesionales, le costaría carísimo. Usted, señorita Azaneda, sabe de sobra el elevado valor que alcanza un pasaje espacial y no le quiero hablar del coste de un kilogramo de mercancías. Esto sólo bastaría para hacerle renunciar a la idea de…

Ella me interrumpió meneando firmemente la cabeza.

—Gracias a Dios —dijo—, la cuestión económica no tiene por qué apurarme, profesor. Es usted, o mejor dicho, sus servicios, los que me interesan.

—El licenciado Gálvez lo haría tan bien o mejor que yo, señorita —me opuse.

—No nos engañemos, profesor. Usted, hoy por hoy, es el único capacitado para concluir con pleno éxito la misión que trato de confiarle. Lo único que deseo saber es: ¿acepta o no acepta?

Medité unos segundos. Había estado en Venus una vez con el doctor Guglielmi, arrastrado por mi irrefrenable pasión hacia la arqueología venusina y, la verdad, había quedado más que harto de aquel planeta, pese a haber obtenido resultados realmente espléndidos, amén de una envidiable reputación en dicha rama de la ciencia. Pero ahora era distinto.

Tenía una cátedra en la Universidad de Columbia, magníficamente retribuida, que era suficiente para subvenir ampliamente a mis gastos. Todo cuanto deseaba saber acerca de

Venus me era traído a domicilio por personal especializado, ya que la Universidad mantenía sobre el terreno un pequeño grupo que constantemente estaba realizando investigaciones y, por lo tanto, no necesitaba moverme de casa para satisfacer mi ansia de saber.

Por otra parte, sin embargo, en los últimos tiempos ya me había cansado un tanto de mi sedentaria existencia. Tenía entonces treinta y dos años y me estaba momificando de una manera miserable, cosa que me había hecho pensar en más de una ocasión en la aventura. Y he aquí que, de repente, como caída del cielo, llegaba esa aventura… aunque mis deseos de tal se habían reducido a unos no bien concebidos planes acerca de un par de meses caminando a pie por el territorio nacional, viviendo sobre el terreno, deteniéndome donde bien me pareciese y continuando cuando tuviese ganas de hacerlo.

—¿Por qué tanto empeño en llevarme con ustedes, señorita Azaneda? —pregunté, antes de comprometerme a nada.

—Ella miró el ladrillo que aún sostenía en mis manos. —Ya se lo dije: deseo conocer las inscripciones de esa loseta.

—¿Acaso espera hallar algún tesoro?

Sonrió imperceptiblemente.

—¿Y por qué no? —dijo.

—Correríamos el riesgo de que la tripulación de la nave nos degollase en el viaje de vuelta —sugerí irónicamente.

Pero ella adoptó una expresión seria.

—Por favor, profesor, dejémonos de circunloquios y vayamos al fondo del asunto. Fije usted mismo la recompensa que crea; la abonaré con gusto, por elevada que sea. Pero dígame que accede. O, de lo contrario tendré que dar por fracasadas mis gestiones e ir en busca de alguien menos sabio, pero más acomodaticio. Esto picó mi amor propio. Y si añadimos la espléndida belleza de la joven… y el profundo hastío que últimamente venía sintiendo, convendremos en que, naturalmente, tenía que acabar por acceder.

—Está bien —repuse—; de acuerdo. Iré.

Una chispa de alegría brilló en los ojos de la joven al mismo tiempo que de su seno se escapaba un perceptible suspiro de alivio.

—¡Oh, gracias, gracias, profesor! —exclamó—. Sabía que lo haría. Le aseguro que, por lo que respecta a la parte económica, no tendrá que arrepentirse nunca.

—Esto es algo que, de momento, no me interesa tanto como el viaje a Venus y el hallazgo del resto de la piedra en sí. Escribiré a la Universidad, pidiendo una licencia de dos años. Se pondrán furiosos…

—Yo lo arreglaré con el decano —dijo muy formalmente.

Y supongo que debió de hacerlo bien, porque el individuo, que era bastante irascible, no protestó de ninguna manera cuando recibió mi inesperada petición.

—Saldremos dentro de una semana, profesor. Ya tengo reservados los pasajes y…

—¡Caramba! Es usted muy previsora, señorita Azaneda.

—Sabía que usted acabaría por acceder. Y —se encogió de hombros—, en caso contrario, otro hubiera venido. Pero siempre confié en usted, profesor.

Me incliné, murmurando unas palabras de agradecimiento.

Ella continuó:

—Salvo su equipaje personal, de lo demás no debe preocuparse, profesor. Todo queda de mi cuenta.

Se puso en pie. Gabriel y yo la imitamos.

—La nave es la «Corsair III» y parte de la Estación Orbital número cuatro el día siete.

«De abril de dos mil ciento quince», debió haber añadido, para ser más exacta.

Muy bien, Estaré allí…

—Gabriel vendrá a buscarle la víspera para ir al astropuerto. Ya sabe que es preciso pernoctar en la «Corsair III» antes de emprender el viaje.

—De acuerdo. Sin embargo —añadí—, supongo que no le importará que me quede con la piedra para estudiarla mientras tanto.

Me envolvió en una magnética mirada que me hizo sentirme, de repente, como un pigmeo.

—Oh, no, claro. Es precisamente lo que estaba deseando, profesor —dijo suavemente.

Cuando me quedé solo pude, al fin, encender el cigarrillo de que he hablado al comienzo de esta narración. Después, abstrayéndome de todo cuanto me rodeaba, me sumí en el estudio de la famosa loseta.

Capítulo II

Yo W'nith
. Príncipe de sangre real…
Bes'anna
, cuyo jefe es el Magnífico…
Dinastía, declaro aquí, para sabidu…
tes: Que a causa de una enemistad…
Magnífico, me veo obligado a expatri…
natal en dirección a
Ma'anna
, en donde…
que ahora su me niega, en unión de mi…
X'barlo
y
X'kardo
. Y para que los hijos…
tes sepan algún día quién ha provocado…
co y su hermano
W'nith
, hijos ambos…
madre, diré que se llama Savo el tal…
ma un día en las llamas del fuego…
dona la confianza que en él ha de…
Y dejo esta inscripción aquí, en…
Erianthe y mis amados
X'barlo
y
X'kar

…

que, sí un día mis descendientes regresan…
necesarios para devolver a nuestra dinastía…
que hoy ya no tiene, opacados sus fulgores…
Savo y sus esbirros, los cuales se han apo…
nífico, mi hermano Aidac, el cual me…
Erianthe, una mujer nacida fuera de palacio…
mi historia, mi inocencia y la perfidia…
descendientes, que castiguen a los…
el más capacitado de todos ellos vuelva a reinar…
equidad, sobre

Bes'anna

. A punto de…

días, del décimo mes del año cuatro mil…
Cuadragésimo Octava Dinastía…

* * *

Ésta es la traducción exacta y literal, sin apenas arreglos de estilo, de la loseta que María Cristina me había dejado para su estudio.

Como puede verse, hay de todo en ella: amores contrariados, odios, enemistades, en fin, que los sentimientos de los humanos de la Tierra son ya viejos antes de que el planeta estuviera poblado. En otro planeta, su gemelo, como comúnmente se ha dado en llamar a Venus, también sucedían cosas parecidas.

Más, a pesar de todo, la inscripción resultaba oscura y casi ininteligible. Era preciso hallar la otra mitad, para acabar de descifrar su contenido y entonces conocer todo lo escrito. Entonces, ¿se hallarían los tesoros que parecían insinuar aquellas inscripciones?

Confieso que no he sido nunca dado a creer en tales fábulas; no obstante, si recordamos lo que lord Carnavon halló en el Valle de los Reyes, al descubrir la tumba de Tutankhamen, cabe convenir en que era muy posible que allí, en Venus, pudiesen encontrarse tales tesoros. Pero ¿en dónde?; porque la inscripción del ladrillo no lo

señalaba. Claro es que María Cristina debía saberlo, más o menos, conociendo el lugar donde había hallado el ladrillo. Sin embargo…

Estaba cansado y la cabeza me ardía. Había consumido cuatro preciosos días en el desciframiento de aquella inscripción, lo cual me habría resultado mucho más fácil de haberla tenido completa, ya que algunas frases habían tenido que ser interpretadas un poco libremente, al carecer del complemento necesario.

Pero yo ya no podía más. Llevaba tres noches sin dormir apenas y la naturaleza reclamaba sus derechos. No tomo jamás somníferos, por lo que, para aplacar un tanto mis excitados nervios, lo único que hice fue injerir dos tabletas de aspirina, después de lo cual, vestido tal como estaba, me tumbé en el cómodo diván de mi estudio, tapándome el rostro con el periódico del día que aún no había tenido tiempo de leer.

Me quedé dormido de inmediato. Mientras dormía, mi sueño estuvo poblado de confusas imágenes, en las cuales veía guerreros que me combatían con lanzas de fuego en el momento en que yo me iba a apoderar de un enorme cofre repleto de esmeraldas. Huía, perseguido por aquellas ardientes lanzas y entonces llamaba a María Cristina en mi auxilio. El rostro de la hermosa joven se me aparecía, pero cuando lo iba a alcanzar, se alejaba, haciéndoseme inasequible. Una y otra vez alargaba las manos hasta que, de pronto, tropezando en algún obstáculo invisible, caí al suelo, dándome un fuerte golpe en el hombro.

El golpe me dolió tanto que me desperté. Entonces vi que la caída no había sido figurada sino real y que me hallaba al pie del diván.

Renegando entre dientes, traté de ponerme en pie, pero al abrir los párpados, todavía velados y turbios por el sueño, me di cuenta de que no me hallaba solo en el estudio. Dos pares de piernas, masculinas a lo que podía Juzgar, pues debían de vestir sus propietarios pantalones cortos, estaban ante mí.

Levanté la vista y me encontré con dos rostros humanos que me miraban con una expresión carente de amabilidad. Los dos tenían unos rasgos fisonómicos comunes, que me recordaron a Gabriel casi de inmediato, aunque eran mucho más altos y fornidos que éste y, además, uno de ellos empuñaba en la mano una anticuada pero no por ello menos desagradable pistola automática.

—Levántese, profesor —dijo el de la pistola con tono amenazador.

Obedecí, muy enojado, sin comprender, de momento, los motivos de la presencia de aquellos dos individuos en mi apartamento.

—Si lo que buscan es dinero —dije—, me parece que han dado el golpe en vano. Aquí, no tengo sino…

—No queremos su dinero, profesor, sino algo mucho más importante.

Enarqué las cejas. ¿Secuestro?, pensé.

—No encontrarán quien de por mí más de cien dólares, de modo que pierden el tiempo lastimosamente. Y ahora, para acabar con esta broma que no tiene nada de agradable, háganme el favor de salir de mi domicilio o, de lo contrario, me veré en la precisión de llamar a la policía.

—Tampoco queremos llevárnosle con nosotros —respondió el de la pistola, que era quien llevaba la voz cantante—. Lo único que deseamos de usted es cierto objeto que una linda damisela le trajo hace algunos días, cuatro para ser más exactos.

—Ah, ya —murmuré—, ahora lo entiendo. Lo siento, no lo tengo.

—No diga tonterías —gruñó el individuo—. Usted «tiene» ese fragmento de ladrillo y nos lo va a entregar «ahora mismo», con la traducción correspondiente de las inscripciones que tiene grabadas. Profesor, hágalo por usted mismo; nos desagradaría en extremo tener que recurrir a medios más expeditivos.

Pensé velozmente.

—Supongamos que sea verdad que dicha tableta está aún en mi poder. ¿Qué me harían ustedes si me negase en redondo a entregársela?

Los ojos del individuo brillaron con ferocidad inigualable.

—Tomarla —contestó con voz firme; y añadió—: Al precio que fuera.

—¿Qué utilidad puede tener para ustedes ese fragmento de ladrillo?

Harto lo sabía; lo que pasaba es que en aquellos momentos yo trataba de ganar tiempo desesperadamente, buscando el método que me permitiera librarme de aquella pareja de inoportunos.

—Bastante más que para usted, profesor —repuso el otro secamente—. De todas formas, en este caso, las explicaciones huelgan. Por favor, no nos lo haga repetir otra vez más. La loseta, ¡pronto!

Vi claramente en los ojos del otro que estaba dispuesto a cometer cualquier barbaridad y, como en el fondo, no me gusta correr riesgos no previamente calculados, acabé por ceder… aparentemente. La visita inesperada de aquella pareja de rufianes, me había inspirado notable curiosidad, y estaba tratando de satisfacerla.

—Está bien —murmuré—; sígame.

Di media vuelta y me encaminé hacia una habitación contigua, en la cual tenía algunos instrumentos científicos y un par de estantes con libros, amén de una segunda mesa de trabajo, no dedicada especialmente a la escritura. Frente a la puerta de entrada tenía una excelente caja fuerte, disimulada bajo un cuadro.

Aquella caja la tenía porque la misma Universidad me la había hecho instalar, para guardar en ella documentos de indiscutible valía que, de vez en cuando, me entregaba para su estudio. Si de mí hubiera dependido, no la hubiera tenido, puesto que nunca suelo llevar encima sino apenas el dinero suficiente para mis gastos más urgentes.

La abrí y extraje de ella la loseta y un folio mecanografiado con la traducción de la inscripción. Me volví, sosteniendo ambas cosas con las dos manos, y me dirigí hacia el tipo de la pistola que me esperaba en la entrada, vigilándome cuidadosamente.

—Aquí están —dije—. La piedra y su traducción. Le advierto —añadí—, que se van a llevar un gran chasco, puesto que, al estar fragmentada la piedra, la traducción, forzosamente, es incompleta y no hay manera, por tanto, de descifrarla en su totalidad.

—No se preocupe por ello, profesor; eso corre de nuestra cuenta —repuso el individuo, alargando la mano izquierda para tomar ambas cosas.

Éste era el momento preciso que yo aguardaba. En el instante en que el individuo iba a coger la loseta, abrí las manos, dejándola caer al mismo tiempo que la daba un impulso casi imperceptible hacia adelante.

El impulso hizo describir a la tableta una suave trayectoria

parabólica, lo justo para que le cayera al otro encima de un pie. Y les aseguro que una caricia de aquella piedra en un órgano tan sensible no podía por menos que causar verdadero daño.

El tipo lanzó un rugido de dolor al sentir el contacto de la piedra, por su parte más delgada, con el empeine de su pie.

Se olvidó de todo y, de un modo ridículo, se cogió el miembro afectado, al mismo tiempo que empezaba a dar una serie de ridículos saltitos en la estancia.

La cosa hubiera sido para ser tomada a risa, de no recordar oportunamente que a fuera había otro individuo y que éste podía tener también un arma. Así que pegué con el filo de la mano derecha sobre la nuca de mi antagonista, utilizando en la acción todas mis fuerzas.

El tipo cayó fulminado, cortados en seco sus aullidos.

Inmediatamente, me incliné y tomé la pistola. Aún no había tenido tiempo de incorporarme, cuando el otro ya aparecía en el vano de la puerta.

Desde mi posición de rodillas le encañoné con el arma, mirándole a los ojos.

—No te muevas o te aso —dije, empleando para ello el truculento tono de un pistolero de segunda categoría.

Por un instante, la sorpresa cedió paso al temor. Los labios del rufián temblaron, mas no tardó en recobrar la compostura.

—No está cargada —dijo, refiriéndose a la pistola—. Huanca sólo quería intimidarle.

Y avanzo hacia mí.

Me eché a reír.

Estas casas son a prueba de ruidos y ni una bomba atómica que estallase dentro de ella se oiría en el apartamento vecino. Vamos a ver si…

Apreté el gatillo.

El estampido hizo trepidar las paredes.

La bala debió pasarle al otro muy cerca, porque instintivamente, se llevó la mano a la oreja izquierda En el estudio vecino, parte del revestimiento del techo se desprendió al impacto del proyectil.

—Hay quien dice, erróneamente por supuesto —comenté, en tanto terminaba de ponerme en pie y avanzaba hacia el rufián—, que los arqueólogos son hombres que no sirven para nada, excepto

para desfajar momias. Yo opino que, en efecto, saben desfajar momias y, además, hacer todo lo que un hombre corriente como tú. Por ejemplo, meterte una bala en el estómago, si no me dices qué diablos pretendíais y quién os envió a buscar esa condenada tableta.

En mi vida había utilizado un lenguaje tan truculento, pero, precisamente, quería impresionar al individuo y, entre el disparo y mi amenaza, lo conseguí de plano.

Palideció.

—No… no lo sé. Huanca es el… el que me mandaba. Me hizo venir con él y…

—¿Huanca es su nombre? —observé, arrojando una mirada de soslayo al caído. Y como el otro asintiera, pregunté—: ¿Y el tuyo?

—Nuymac —contestó, amedrentado.

—Aparte de llevaros la tableta y su traducción, ¿qué es lo que pretendíais hacer con ella?

—No lo sé. Huanca es el que lo sabe todo.

—Bien —resolví—; entonces, despiértale. ¡No, aguarda un momento; vuélvete!

El individuo me miró aprensivamente, pero mi gesto era harto resuelto y no le quedó otro remedio que obedecer. Entonces, aproximándome a él con las debidas precauciones, le registré, hallándole otra pistola similar, que, sorprendido por el imprevisto giro de los acontecimientos, no había tenido tiempo de sacar a relucir.

La arrojé debajo del diván y luego le señalé al caído.

—Ahí tienes una botella de soda. Refréscale la cara —ordené.

Huanca se despertó, renegando como un poseso. Se sentó en el suelo, limpiándose con las manos el líquido que le chorreaba por las facciones y me miró con odio infinito.

Le golpeé el costado con la punta del pie derecho.

—Arriba, gandul —y el individuo se levantó.

—Ahora —dije—, sentaos ahí, frente a mí los dos. Las manos sobre las rodillas y no las mováis si no queréis que os llene la barriga de plomo.

¡Dios mío!, si me hubiera escuchado el pulcro decano de la Universidad. Mi expulsión hubiera sido fulminante.

—¿Para qué quieres la loseta, Huanca?

—No se lo diré —contestó el aludido, en tono retador.

—¿Sabes a lo que te expones si persistes en tu mutismo?

Una despectiva sonrisa apareció en los labios del individuo.

—Usted es un profesor, no un pistolero como nosotros.

—Lo cual quiere decir que, en caso contrario, tú no vacilarías en disparar contra mí, ¿verdad?

Huanca asintió con el gesto.

—Pues te equivocas —repuse—, porque no me importa en absoluto liquidarte si no te pones a hablar como un loco embriagado —después de lo cual y sin darle tiempo a reflexionar tan siquiera, apreté el gatillo por segunda vez.

Huanca lanzó un aullido de dolor al sentir el rasguño de la bala en la parte alta del brazo. Lamenté el orificio que el proyectil había abierto en el diván, pero me consolé pensando en que dentro de tres días ya no estaría allí. El dueño del edificio se entendería con los desperfectos.

Huanca se llevó la mano al miembro afectado.

—El segundo disparo irá, —dije—, un poco más adentro. Y el tercero, y éste ya sin remisión, al estómago. ¡Vamos, desembucha!

El rostro de Huanca tenía el color de las ranas. Pero debió de ver en mis ojos la decisión de fulminarlo y ya no se resistió más.

—Un hombre nos pagó para que le robásemos la tableta y la traducción.

—¿Quién es ese hombre?

—Lo ignoro. Sólo dijo que usted no lo querría entregar de buen grado y que, por lo tanto, habríamos de apoderamos de ello a la fuerza.

—Ese tipo me conoce muy bien, a pesar de que yo desconozco su identidad. ¿Es peruano?

Los ojos de Huanca me miraron con pasmo. En cuanto a Nuymac, dio un bote tal en el asiento que no me cupo la menor duda de que él también sabía algo sobre el asunto.

—¿Quién se lo ha dicho? —inquirió Huanca, sin salir de su asombro.

—Nadie. Fue un tiro al azar, que dio en el blanco. Pero es peruano… igual que vosotros, ¿verdad?

Los labios de Huanca se contrajeron hasta formar una delgada línea blanquecina.

—Ahora —dijo lentamente—, ya no hablaré. Puede disparar

contra mí y matarme; pero no diré una sola palabra más.

—Con tu asentimiento —repuse, sonriendo—, has dicho más de lo que yo pensaba. Pero acaso Nuymac no sea tan duro como tú. ¿Nuymac? —Volví la pistola hacia el otro.

La frente del aludido se cubrió de gruesas gotas de sudor, en tanto que miraba aprensivamente a su compañero. Éste le devolvió la mirada con gesto frío y cruel.

—No… no sé nada… —balbuceó Nuymac.

—Estás mintiendo, peruano.

Ahora era yo el interesado en conocer los motivos por los cuales se llevaban la loseta. Desde luego, la mención de un posible tesoro era causa más que suficiente para que alguien se interesase por su posesión. Más ¿quién era esa misteriosa persona, a quien yo no conocía?

Posiblemente, con toda seguridad, mejor dicho, algún enemigo de la bella María Cristina. Pero si los enemigos de la joven eran de tal calibre que no vacilaban en asaltar los domicilios de los pacíficos ciudadanos a punta de pistola, la verdad, el asunto empezaba a perder para mí gran parte de los atractivos que había tenido desde un principio.

Aunque ya no podía desligarme de él. A fin de cuentas, había descifrado la inscripción y ésta me ataba a María Cristina y sus propósitos, de modo que, bien a mi pesar, me veía obligado a seguir adelante.

—Bien —suspiré—; mucho me temo que habré de ensuciar el suelo, pero…

Los ojos de Nuymac chispearon repentinamente. El gesto me alertó.

Huanca continuó impasible, otro motivo más para mis sospechas. Alguien se había introducido subrepticiamente en el apartamento sin que yo me hubiera dado cuenta de ello.

Giré velozmente sobre mis talones, dispuesto a utilizar sin compasión la pistola, pero en aquel preciso instante algo se abatió sobre mi frente con fuerza demoledora.

Una nube de estrellas multicolores apareció ante mis retinas. Después, la noche cayó sobre mi mente.

Cuando me desperté, advertí que me hallaba cómodamente instalado sobre el diván. Incluso habían tenido la atención de

colocar bajo mi nuca un cojín para mi comodidad.

Pronto pude advertir que no estaba solo en la estancia.

CAPÍTULO III

esgraciadamente, no era María Cristina.

Frente a mí, sentado en una silla, con las dos manos apoyadas en el puño de oro de su bastón de ébano, había un hombre, joven, de quizá algunos años más que yo, de mediana estatura y con unas características raciales idénticas a las de la joven. Tenía la nariz aguileña y el mentón prominente, y sus ojos negros brillaban profundamente. Sonreía, distendiendo con ello el oscuro bigotito que orlaba su labio superior.

—Lamento interrumpir su descanso, profesor —me dijo, con acento suave y cultivado—, pero el asunto que me trae es, para mí, de la máxima urgencia.

—¿Descanso? —murmuré en tono estúpido, y solamente entonces fue cuando recordé de golpe lo sucedido unos momentos antes.

Me incorporé sobre el codo con un movimiento brusco,

contemplando fijamente al desconocido. ¿Sería éste el individuo que había pagado a Huanca y Nuymac para golpearme y apoderarse de la tableta y su traducción?

En aquellos momentos no me di cuenta de que la hinchazón del golpe había desaparecido, que no sentía ningún dolor y que me encontraba tan fresco y descansado como si hubiera dormido veinticuatro horas seguidas. Lo que me preocupaba era otra cosa más importante.

Más adelante habría de enterarme que la pareja de asaltantes, en unión del individuo que me había golpeado, se habían cuidado de mí con gran solicitud, dejándome como nuevo. Pero en el instante actual, mi interés se cifraba en el ladrillo.

Salté del diván, convenciéndome muy pronto de que la dichosa piedra había desaparecido, así como la hoja de papel en la que había mecanografiado la traducción. Disimulando mi desencanto, volví al diván, situándome frente al intruso quien, mientras tanto, me había dejado hacer sin moverse de su sitio.

Le ruego me perdono una vez más, profesor —dijo—. El asunto que me trae aquí es…

—Antes de seguir adelante, por favor, ¿quiere decirme quién es usted?

El desconocido se llevó la mano a la boca.

—¡Oh! Es verdad. Dispénseme, profesor. ¡Qué incorrección la mía! Mi nombre es José Rafael de Urenia y Zaldívar.

—Peruano —dije con laconismo.

Urenia arqueó una ceja.

—Su habilidad deductiva es fantástica, profesor. ¿Cómo lo adivinó usted?

—Por el blanco de sus ojos —respondí con acre sarcasmo.

Urenia me miró unos instantes asombrado y luego se echó a reír.

—Posee usted un acusadísimo sentido del humor —me dijo—. Efectivamente, soy peruano. Y ya que sabe usted quién soy, profesor, lo mejor será entrar en materia, dejando los circunloquios a un lado.

Urenia hizo una corta pausa y prosiguió:

—Es usted —dijo—, la máxima autoridad en arqueología venusina. Estoy organizando una expedición a dicho planeta, con fines científicos, y busco, para formar parte de la misma, a los

mejores cerebros en todas las ramas de la ciencia. Usted, naturalmente, en uno de ellos, profesor.

—Lo siento —repuse bruscamente—. No puedo acceder a sus pretensiones.

Urenia arqueó las cejas.

—¿Por qué?

El tono del individuo, dominante, orgulloso, me molestó. Estaba furioso e irritado conmigo mismo por lo que me había sucedido unos minutos antes y mi sentido de la amabilidad había desaparecido por completo.

—Debería decirle que porque no me da la gana; pero mentiría. El caso es que hace cuatro días tan sólo que me comprometí con otra persona para formar parte de su expedición. También a Venus y —añadí con toda intención— muy posiblemente con los mismos fines que usted, señor Urenia.

Una pálida sonrisa se dibujó en los labios de mí interlocutor.

—Seguramente ha sido mi prima la que le ha contratado, ¿verdad?

Ahora el turno de la sorpresa fue para mí.

—¡Cómo! ¿María Cristina…, perdón, la señorita Azaneda es su prima?

—Justamente, profesor; y he de añadir que es una mujer excepcional en todo. Lo cual no quita para que, en el momento actual, seamos rivales declarados.

—¿Tanto como para desearse mutuamente la muerte?

Una expresión de horror apareció en los ojos de Urenia.

—¿Desearnos la muerte? Oh, no, profesor; ¿por quién nos ha tomado?

—Entiendo —asentí con gesto benevolente—. Lo que sucede es que los dos persiguen el mismo objetivo. Hallar un supuesto tesoro en una de las ciudades muertas de Venus, ¿no es así?

—¿Tesoro?

Urenia me miró unos momentos con aire estupefacto y luego, de repente, soltó la gran carcajada.

Su actitud provocó, en mí, primero confusión y luego malestar y fastidio.

—Acabemos de una vez —farfullé con poca amabilidad—. Señor Urenia, le agradezco todos los elogios que ha hecho de mí.

Igualmente le agradezco la excelente idea que ha tenido de elegirme como a uno de los miembros de su expedición, pero realmente lo siento: me es imposible, ya que antes me comprometí con la señorita Azaneda.

Una expresión de desencanto se dibujó por unos momentos en el pulido semblante del peruano, prontamente borrada por una cortés sonrisa. Levantó las manos del puño del bastón, en un amplio gesto conciliador, y dijo:

—¡Qué le vamos a hacer! Yo también lamento infinito que mi hermosa prima se me haya anticipado, lo cual no quiere decir que no la envidie, porque, verdaderamente, se ha procurado los servicios del hombre más capaz y entendido en la materia.

—Gracias —murmuré, abstraído en la contemplación de la enorme esmeralda que remataba la bola de oro en que terminaba el puño del bastón de ébano que llevaba Urenia.

Éste se puso en pie, dando por terminada la entrevista.

—Dispénseme una vez más, profesor, que haya osado interrumpirle su descanso.

Entonces se me ocurrió una idea súbita y la expuse sin vacilar.

—¿Descanso? Oh, no; estaba desmayado… a golpes.

—¡Cómo! Profesor, usted bromea. ¿Quién iba a golpear a un científico de fama mundial como es usted?

—Sus compatriotas —dije con tono firme—. Dos individuos que, al igual que usted, se colaron subrepticiamente en mi domicilio, tratando de apoderarse, como efectivamente lo hicieron, de algo muy importante que la señorita Azaneda había depositado en mi poder. Una tableta, rota por la mitad más o menos, en la cual había unas inscripciones en el antiguo idioma venusino y que yo había conseguido descifrar por encargo de su prima.

Urenia parpadeó.

—Siento lo sucedido, profesor, pero le agradecería tuviera la bondad de no mezclarme en algo que es completamente ajeno a mi persona.

Le miré fijamente, al fondo de los ojos, pero Urenia mantuvo su expresión de inocencia. Antes de que yo pudiera hablar, murmuró:

—¿Dijo que sus asaltantes eran compatriotas míos?

—Por cierto que sí. Uno se llamaba Huanca y el otro Nuymac, nombres de raíz peruana ciertamente. Incaica sería la palabra más

ajustada, ¿no le parece?

—En efecto, profesor —contestó Urenia impertérrito—; pero esos nombres son relativamente comunes en mi país, al menos en las montañas, donde viven todavía tribus de indios en estado primitivo. Comprenderá —agregó con ligera sonrisa—, que no puedo conocerlos a todos.

—¡Oh, ya me lo supongo, señor Urenia! Sin embargo, es una coincidencia verdaderamente notable que en cuatro días mi casa haya sido poco menos que el punto de reunión de todos los peruanos residentes o de paso en Nueva York, ¿no le parece?

—No me siento en condiciones de opinar sobre el asunto, profesor —murmuró mi interlocutor, inclinándose cortésmente.

Mientras lo hacía, miré el puño de su bastón y una súbita sospecha invadió mi mente.

Al quedarme solo, recapacité. ¿No habría sido el propio Urenia el que me había golpeado? La cosa era muy posible, puesto que yo no había visto en absoluto al hombre que me había desmayado, y el puño del bastón, bien utilizado, era un arma formidable, capaz de romper con toda facilidad el cráneo de un hombre. Posiblemente, Urenia se había quedado luego allí, atendiéndome y tratando, después, al despertarme, de conquistarme para él mediante el uso de la persuasión. No obstante, no se había mostrado muy insistente, lo cual no podía por menos de confundirme. En suma, ¿qué diablos pretendía?

Molesto por las continuas hipótesis que me formulaba sin cesar y sin que a ninguna de ellas pudiera darle la menor respuesta práctica, opté por dejar de lado el asunto. Mi desvanecimiento había durado bastante tiempo y, en medio de todo, me había procurado un buen descanso del que, realmente, estaba muy necesitado. Fui al baño, en donde me duché a conciencia; me afeité después y, luego de cambiarme totalmente de ropas, decidí que lo mejor que podía hacer era salir un rato en busca de distracciones.

Estaba ya con la mano en el pomo de la puerta cuando, de repente, se abrió ésta con tal brusquedad, que estuvo a punto de aplastarme las narices.

Salté hacia atrás con el tiempo justo para evitar el golpe.

Farfullando algo poco agradable para las personas que tenían la mala costumbre de penetrar en las casas sin avisar previamente, me

eché a un lado. Un huracán, en forma de ciento veinte kilos de huesos y músculos, me envolvió en sus devastadores torbellinos.

Cuando el recién llegado terminó de palmearme las espaldas, estaba ya necesitando de los servicios de un buen masajista. Lo miré, muy enojado.

—Chick —exclamé—, ¿cuándo abandonarás esa fea costumbre?

El recién llegado me miró y exhaló una carcajada que hizo temblar los vidrios.

—Val —dijo—, en la Universidad tú solías aguantarme dos o tres asaltos.

—Pero desde entonces han pasado diez años y aunque todavía me conservo fuerte y ágil, mi forma dista mucho de ser la de antaño. ¿Qué diablos te trae por mi casa? No, no me digas que tú también quieres buscar un tesoro en Venus, porque…

Chick Burnside me miró con extrañeza.

Era un gigantón de dos metros de altura, con el peso ya señalado y unas manos como sacos de patatas, capaces de perforar a puñetazos el entrepaño de una puerta como si fuera de papel. Su fuerza era inmensa, pero lo mejor de él era su enorme agilidad, falazmente oculta tras su enorme corpulencia.

Chick era un buen amigo mío desde la época de estudios. Poseedor de una inmensa fortuna, había dedicado su vida a las aventuras, alguna de las cuales, realmente, hubieran puesto los pelos de punta a cualquiera, pero él había salido de todas ellas sin sufrir el menor rasguño, antes bien, soltando, como de costumbre, aquellas colosales carcajadas que hacían vibrar las paredes y que tan atrayente y simpático le hacían.

—Val —ésta era la abreviatura de mi nombre por la cual me llamaba habitualmente—, ¿qué diablos estás diciendo? ¿Para qué quiero yo un tesoro?

Si alguien había de mi entera confianza, éste era Chick, de modo que con él no cabían dudas ni subterfugios de ninguna clase.

Pasa —dije, cerrando la puerta—. Te lo contaré todo. ¿Una copa?

—O dos, Val. La verdad, me tienes muy intrigado. ¿Qué rayos te ocurre, eminencia?

No conteste hasta que hube preparado dos vasos altos, llenos de licor y soda a partes iguales. Puse también cigarrillos al alcance de

nuestras manos y, mientras los consumíamos, le hice un detallado relato de todo lo que me había sucedido hasta entonces.

Chick escuchó atentamente, sin interrumpirme ni una sola vez, limitándose a asentir con simples gestos de cabeza.

Al terminar, exclamó:

—¡Espléndido! ¡Fantástico!

—Para ti, pero no para mí —repliqué, amostazado.

—Para los dos —replicó con firmeza.

Le miré horrorizado, sospechando dónde quería ir a parar.

—Sí —murmuró—. Sí, Val. Voy a ir contigo.

—Pe… pero la señorita Azaneda…

—¿Desde cuándo se ha visto que un profesor salga en misión científica sin un ayudante cuando menos? Val, ¿qué clase de profesor te crees tú que eres? No hay otro más versado que tú en la arqueología venusina. Sería indigno de ti partir de viaje, en misión científica, por supuesto, sin llevar por lo menos un ayudante. Yo lo seré —concluyó con rotundo acento.

—La señorita Azaneda…

—La señorita Azaneda —repitió—, no dirá nada, porque los gastos de viaje me los costeo yo. Así como así, hacía tiempo que estaba sin una mala aventura con que entretenerme y esta que se me presenta es que ni pintada para sacudir mi aburrimiento. Tú me necesitas y yo iré contigo —repitió con tono que no admitía réplica.

En el fondo, no dejé de alegrarme de la decisión de Chick. Mi amigo era valeroso, inteligente, resuelto y astuto, además de, como ya he dicho, poseer una fortaleza y agilidad poco comunes, cualidades todas ellas que hacían de él una persona realmente indispensable en la expedición que íbamos a emprender, en la que, a los peligros que seguramente correríamos en las todavía inexploradas regiones de Venus donde se sospechaba la existencia del tal tesoro, había que añadir los procedentes de la oposición de la persona que me había enviado a Huanca y Nuymac como sus emisarios.

—Está bien —suspiró—; de acuerdo. Vente conmigo.

Se puso en pie de un salto.

—Había venido para llevarte conmigo de juerga, Val. Estás metido siempre entre tus librotes y tus pergaminos y corres el peligro, si sigues así, de convertirte en un búho sabio. Yo quería

sacarte de él con una noche de diversiones, pero ahora ya no tengo tiempo. He de preparar todo cuanto se necesita para una expedición de esa índole y nos quedan ya menos de tres días para la partida.

—¿Has estado alguna vez en Venus? —inquirí.

Chick hizo un gesto de desdén.

—¿Qué diferencia tiene con cualquier región salvaje de la Tierra? No, no he estado; pero no creas que por ello me voy a arrugar. Ah, muchacho, se me olvidaba una cosa.

Le miré intrigado.

—Si he de desempeñar el papel de ayudante tuyo, dame libros que puedan ilustrarme sobre el tema. ¿No te parece que cuando uno actúa en una comedia debe tener aprendido muy bien su papel?

Suspiré, en tanto me echaba a reír.

—Eres incorregible, Chick. Aguarda un momento.

Volví a los pocos minutos con un montón de mamotretos sobre el asunto, que el gigante cogió con una sola mano con la mayor facilidad del mundo. En esta postura, se despidió de mí, dejándome no poco satisfecho, pues estaba seguro de que con la portentosa retentiva de mi amigo, en pocos días estaría en condiciones de pasar ante un lego por un perito en la materia.

Era ya tarde para salir. La visita de Chick me había hecho perder demasiado tiempo, de modo que decidí quedarme de nuevo en la cama. Me metí en ella y a los pocos minutos me quedé dormido como un leño.

Me despertó el zumbido del visófono. Era ya de día y en la placa del aparato pude ver el hermoso rostro de María Cristina.

Me alisé el cabello con una mano, en tanto ponía cara de circunstancias. Después de saludarme, ella preguntó:

—Profesor, ¿qué tal va la traducción de la tableta?

—Está hecha, pero…

María Cristina debió de ver algo grave en mi semblante, porque el suyo se demudó instantáneamente.

—¿Qué ocurre, profesor? No me lo oculte, se lo ruego.

—Ayer por la tarde, unos individuos desconocidos penetraron en mi apartamento y, tras golpearme, se llevaron la lápida y la traducción.

—¿Sólo eso, profesor? —exclamó ella de manera sorprendente—. Creí que habría sido algo más grave.

—¡Cómo! —exclamé, en el colmo del asombro—. ¿Es que le parece poco? Además, ¿cómo está usted enterada? Porque de sus palabras se desprende que ya sabía lo que me sucedió, ¿no es así?

Una maravillosa sonrisa distendió sus rojos labios.

—Sí. Me lo dijeron anoche. Por eso mismo le pregunté si había sucedido algo más grave. Afortunadamente —añadió—, celebro comprobar que no ha sido así.

Mi asombro crecía a medida que transcurrían los segundos.

—De modo que no le parece nada grave lo ocurrido.

—No, porque sé que los asaltantes se van a llevar un gran chasco. Profesor, sé de su capacidad y sé también que la tormenta no le cogió en descampado, ¿verdad?

—Verdad —confesé, sin querer añadir nada más. De pronto, algo chispeó en mi cerebro—. Oiga, ¿quién le dijo…?

Ella se echó a reír.

—Su ayudante, Chick Burnside. Es un chico muy simpático, ¿sabe?, y me hizo pasar una velada deliciosa en el «Comodore». Lástima que sus ocupaciones le impidieran acompañarnos, profesor. Chick me dijo que estaba usted preparándolo todo para el viaje a Venus.

—¡Condenado! —mascullé entre dientes, comprendiendo la jugarreta que me había gastado mi amigo. Por pudor masculino, no quise confesar el engaño de que había sido objeto. Levanté la voz—. Así era, señorita Azaneda; y yo mismo le envié a usted. Más que nada —mentí con todo descaro—, lo hice porque temía que no le agradase su compañía como mi ayudante durante la expedición.

Ella se echó a reír argentinamente.

—Es usted un mal embustero, profesor, pero delicioso, de todos modos. Se le puede perdonar la mentira, en honor a las horas tan agradables que pasé con Chick. Bien, no le quiero molestar más. Siga, siga trabajando, se lo suplico —concluyó, con no disimulada, ironía.

Cerré la comunicación verdaderamente fastidiado. ¿Qué me ocurría que tan sólo había visto, una vez a María Cristina y ya me molestaba que hubiera salido acompañada por el botarate de Chick Burnside? En buena ley, aquello hubiera debido dejarme indiferente por completo, pero no era así. La verdad sea dicha, me disgustó.

Dos días más tarde, partíamos de la Tierra con rumbo a Venus.

CAPÍTULO IV


e dónde había sacado María Cristina el dinero, no lo sé; mas sí puedo asegurar que el material que llevábamos con nosotros era lo último y que no faltaba el menor detalle en el equipo que íbamos a precisar durante el desarrollo de nuestra expedición. Todavía me estremezco al pensar en la cifra astronómica —y nunca mejor empleada la frase— que debían de haber importado los fletes. El comandante de la «Corsair III» estaba acostumbrado a ver toda clase de cargamentos, pero al ver el volumen del nuestro, estuvo a punto de desmayarse.

Por si fuera poco, Chick también puso su granito de arena, que en el presente caso era una roca de dos o tres toneladas. Veterano de unas cuantas docenas de «safaris» y expediciones de todo género, tanto en las selvas amazónicas como en los polos y aun en las estepas asiáticas, su ayuda nos iba a ser muy valiosísima y, por su parte, trajo consigo una buena cantidad de material y equipo complementario del de María Cristina y que ésta, forzosamente

inexperta, había omitido situar en sus adquisiciones.

No había visto a la muchacha hasta el día de la partida y en el momento del embarque, apareció con Chick, riendo y bromeando los dos como buenos camaradas. Ésta es una de las grandes ventajas del carácter de Chick: que se hace amigo de todo el mundo en un minuto; y, naturalmente, ella no iba a ser la excepción. Pero que nadie se meta con él, porque tampoco nadie tendrá un enemigo más encarnizado, aunque sin odio, sino, simplemente, por castigar la injusticia que se le haya hecho, conseguido lo cual, Chick borra el incidente de su memoria y no vuelve a acordarse de él jamás.

Durante el viaje, Chick y María Cristina continuaron con sus buenas relaciones. Esto no quiere decir que ella no me dirigiese la palabra; antes al contrario, estaba muy afectuosa conmigo, pero era evidente que la mejor tajada se la llevaba el sinvergonzón de mi amigo, cuya incesante verborrea y magnífico buen humor, hacían las delicias de la muchacha.

De esta forma transcurrió el viaje.

A pesar de todo, mi estado de ánimo con respecto a esta parte de las relaciones entre ella y yo, no tenía nada de alegre cuando desembarcamos. Harto comprendía la necesidad de que nos acompañase una persona del calibre y experiencia de Chick; pero ¿por qué éste y no otro?

Desembarcamos en Tierravista, la capital de las colonias venusinas, ciudad compuesta casi exclusivamente de cúpulas, al igual que las edificadas en Marte. Pero así como en este planeta las cúpulas estancas son necesarias como consecuencia de la pobreza en oxígeno de su atmósfera, aquí, en Venus, tales compartimentos aislados son una lógica defensa contra la elevada temperatura exterior, que durante el día no baja de los cincuenta grados. La estanqueidad de las edificaciones de Tierravista se debe al sistema de refrigeración de su atmósfera interior, que está en constante funcionamiento durante las veinticuatro horas del día, aunque, por razones obvias de comprender, la temperatura interior no es tan baja como pudiera parecer, con objeto de no exponer al cuerpo humano a cambios tan bruscos que, a la larga pudieran dañarle. Unos veinticinco grados de promedio es la temperatura que la Junta de Sanidad Municipal ha establecido, y con una holgura de dos grados en más o en menos, y cuyo límite es vigilado tan escrupulosa

como inexorablemente.

Las calles de Tierravista, naturalmente, no son estancas, salvo algún centro cívico o de compras. Pero durante el día, a las horas de más calor, se ven casi desiertas; no es muy agradable caminar con medio centenar de grados de temperatura sobre las costillas, en una atmósfera bastante húmeda y, por regla general, quieta y sin movimiento que refresque el ambiente, como suele suceder en la Tierra. Dada la relativa poca extensión de la ciudad, los vehículos, naturalmente, son poco numerosos, pero todos los que circulan van provistos de sistema de climatización.

Después de los trámites indispensables en el astropuerto, nos trasladamos al hotel, con el fin de descansar unos días y, más que nada, habituarnos de nuevo a la gravedad casi normal que reina en Venus —nueve décimas de la terrestre—, cosa indispensable después de haber viajado por el espacio durante más de dos meses a sólo un tercio de gravedad y aun ésta en determinados lugares de la nave. Cuando el peso de uno viene siendo de treinta kilos, hallarse que, de repente, se pesan ochenta, esta diferencia de cincuenta suele incomodar bastante durante algunos días, hasta que el organismo se habitúa de nuevo a su peso casi normal.

Después de dos días de descanso, salí al Centro Cívico de Tierravista, con el fin de arreglar la documentación. Mi renombre me había precedido y ello facilitó las cosas notablemente, máxime cuando se sabía que íbamos a emprender una nueva expedición exploratoria en busca de más ruinas prehistóricas venusinas. Fue solamente el trámite y debo público agradecimiento a los funcionarios por las facilidades que me dieron en todo momento.

Mientras tanto, Chick se ocupó de la parte mecánica de la expedición, así como de adquirir todos los víveres necesarios para dos meses, tiempo que más o menos habíamos calculado duraría la primera etapa de la misma. Transcurrido ese tiempo, salvo incidencias, regresaríamos a Tierravista donde descansaríamos unas semanas, en tanto hacíamos balance de lo conseguido en la primera parte, antes de emprender la segunda.

Al finalizar la semana de nuestra estancia en la ciudad, y habituados ya a la gravedad venusina, estábamos listos para emprender la marcha. Al día siguiente, a primera hora, partiríamos hacia nuestro destino, siguiendo la dirección que María Cristina

indicase, puesto que ella conocía, aproximadamente, el lugar donde había sido hallada la tableta motivo de nuestro viaje.

En tanto cenábamos, el locutor de la emisora local transmitió un boletín de noticias, entre las cuales se citaba la llegada de la nave «Andrea Doria», procedente de la Tierra. Uno de sus pasajeros, según dijo, era don José Rafael de Urenia y Zaldívar, en viaje de turismo y recreo.

La noticia no nos sorprendió. Por lo que respecta a mí, lo extraño era no haberlo visto a bordo de la nave que nos había traído desde la Tierra. Pero el hombre había subsanado su error y había llegado en la siguiente. Apenas si comentamos el asunto, ya que, por mi parte, no lo juzgué interesante. El locutor transmitió las últimas noticias de la Tierra, pasando después a los chismes locales y su parlamento concluyó casi al mismo tiempo que nuestra cena.

Al terminar, Chick propuso un pequeño paseo por la ciudad. «Para despedirnos de ella», dijo, aunque claramente se le veía el deseo de ir a mover los pies a los sones de la orquesta del «Rocket», la única sala de fiestas de la ciudad.

Lo lógico, puesto que al día siguiente debíamos emprender la marcha, hubiera sido ir a la cama, yo cuando menos. Pero no sé qué maligno diablillo— ¿celos?—, me impulsó a acompañar a la pareja. Gabriel, el serio e impenetrable y casi mudo Gabriel, anunció con parcas palabras que se retiraba a dormir.

Salimos los tres del hotel, enfrentándonos con la cálida atmósfera del exterior, todavía sofocante a pesar de haberse puesto el sol. Pero veinte grados de diferencia se notaban hasta en aquellas circunstancias y en los primeros momentos nos sentimos agobiados.

En Tierravista se estaba instalando aceras deslizantes, pero aún había trozos en los cuales, de no tener vehículo adecuado, era preciso caminar. Alternando uno y otro medio de locomoción, fuimos progresando en dirección al «Rocket».

Al pasar por la Plaza del Sistema, donde estaba instalado el edificio municipal, nos vimos sorprendidos por un gentío desacostumbrado.

Los ciudadanos de Tierravista corrían hacia determinado punto, confluyendo todos ellos casi en dirección nuestra, ya que, en aquellos momentos, estábamos a punto de pasar por la entrada del Centro Cívico. La aglomeración de público, además de extrañarnos,

nos obligó a refrenar momentáneamente nuestro paso.

Pronto estuvimos en disposición de averiguar los motivos del alboroto.

Un grupo de hombres, vestidos con el somero uniforme de los guardadores del orden público, conducían en su centro a otro, que les seguía mansamente, sin oponer la menor resistencia.

En un principio, pensé que el individuo que tenía todas las trazas de un arrestado, era un criminal. Sin embargo, a los pocos momentos me vi obligado a rectificar mi opinión.

—¡Un nativo! —exclamó alguien, enormemente sorprendido, a mi lado.

De momento no presté la menor atención a la exclamación, bastante rara ya de por sí. Todo mi interés estaba centrado en el hombre que los guardias traían conducido.

Era un tipo alto, fornido, joven, puesto que parecía tener un par de años menos que yo, vestido con una simple camisa, pantalones cortos y unos cómodos mocasines. Todo esto, como puede verse, carecía de importancia. Sus características físicas eran las que la tenían.

Su piel era un calco exacto de la de María Cristina y su cabello era también parecidísimo, como si estuviese hecho de hebras de metal. Sus ojos eran también verdes y, por si fuera poco, de su cuello pendía, sujeta por una cadena de oro, una esmeralda, gruesa como la falange del dedo pulgar y refulgente como una pequeña estrella.

Otros guardias abrieron calle entre los curiosos. La casualidad nos permitió quedar en primera fila, siendo espectadores directos del incidente.

Con paso rápido, los custodios trajeron el hombre hasta el Centro Cívico. El hervor de comentarios era continuo y altamente ruidoso. ¿Un nativo?

El individuo estaba ya a punto de penetrar en el edificio, cuando, de pronto, obrando con inesperada brusquedad, salió de su aparente mansedumbre y se detuvo. Me pareció, y estoy seguro de no haberme equivocado, de haber visto en su cuerpo los mismos signos que si le hubiese sacudido una descarga eléctrica.

Estaba a menos de dos metros de distancia. Era gallardo y de varonil atractivo. Pero sus ojos estaban fijos, hipnóticamente, en

María Cristina.

La cosa duró unos segundos. Mientras las palabras bullían en torno nuestro, el joven y María Cristina se miraron fijamente durante todo aquel breve espacio de tiempo que, sin embargo, tan largo se me hizo. Lo vi estupendamente y no me cupo la menor duda de que ella estaba tas asombrada como él.

Pero ninguno de los dos hizo el menor signo de reconocimiento. Uno de los guardias le tocó en el hombro y el joven reanudó su camino, perdiéndose casi al instante de nuestra vista.

—¡Esto sí que va a ser una bomba para la Tierra! —exclamó alguien, a mi lado.

—Puedes asegurarlo, Joe —dijo otro—. Hasta ahora, siempre habíamos creído que Venus estaba deshabitado. Pero este pájaro da un claro mentís a todas las especulaciones sobre el particular.

—¿Y cómo no lo habrán descubierto antes?

—¡Hombre!, es lo natural. Fíjate en que apenas si llevamos cincuenta años asentados en Venus. El planeta casi como el nuestro, y si en la Tierra aún hay zonas vírgenes e inexploradas, ¡qué no habrá en este que no conocemos todavía!

El curioso tenía toda la razón del mundo. Venus reservaba muchas sorpresas a los terrestres, alguna de las cuales eran para nosotros. Y ciertamente, estaban destinadas a causar sensación, mucha más que el hallazgo de un nativo en las inmediaciones de Tierravista.

La velada en «Rocket», al menos para mí, no fue tan agradable como hubiera deseado. Casi todo el tiempo, en tanto María Cristina y Chick flirteaban y bailaban, me lo pasé sumido en mis pensamientos, parte importante de los cuales era la inesperada aparición del indígena.

De pronto, una mano se apoderó de la mía.

—Profesor, si no se mueve corre el riesgo de dormirse. Venga a bailar esta pieza conmigo. Está toda la noche que parece un búho sabio.

Me puse en pie y rodeé con mi brazo el esbelto talle de María Cristina. Ella me sonrió encantadoramente y comenzamos a movernos por la pista a los sones de «Estrellas fugaces».

—¿Qué le ocurre, profesor? —inquirió ella, mientras bailábamos —. Le he visto toda la noche muy pensativo. ¿Le preocupa algo?

La miré a los ojos. La semejanza racial con el individuo capturado era evidente.

—Pensaba en el hombre que vimos poco antes de venir aquí —dije.

—¿Qué tiene de particular, profesor?

—Mucho. Especialmente, si consideramos que Venus se estimaba como deshabitado y ahora resulta que hay gente viviendo en él. Gente, por supuesto, nacida en este planeta, antes de que los terrestres pisaran su suelo.

—Eso es cierto, profesor —dijo ella negligentemente.

—Todavía hay más, en mi concepto, al menos.

—¿Más? ¿A qué se refiere?

—¿Se fijó usted en el indígena?

—Por supuesto.

—Usted y él son muy parecidos, señorita Azaneda. Todas sus características raciales son idénticas en ambos casos. ¿Sabe que el asunto me ha dado mucho que pensar?

—No le entiendo, profesor. ¿Quiere explicarse?

—Vamos a ver: ¿qué ha visto usted en él, como principal característica física?

Ella se quedó unos momentos pensando; después, dijo:

—Parecía un hombre de tez curtida por el sol.

—A los ojos de un observador superficial, tal vez esta afirmación pueda parecer verdad. Pero es que usted se halla en el mismo caso, señorita. También usted parece como si se hubiera bronceado a base de baños solares… y, sin embargo, usted y yo sabemos que no es así.

La sonrisa se borró de los labios de la joven.

—¿Insinúa usted que ese hombre y yo somos de la misma raza?

—En primer lugar, mi querida señorita Azaneda, no hay sino una raza: la humana. Y, en segundo lugar, si lo estimamos tal como usted lo dice, no lo insinúo, lo afirmo, lo cual es muy distinto.

—Eso es absurdo, profesor. Yo he nacido en la Tierra.

—¿Y qué? ¿Qué tiene de particular el que…? Pero —me corté con una sonrisa—, de momento, prefiero callar. Me he formulado a mí mismo una serie de hipótesis que no quiero hacer públicas hasta que la realidad las haya confirmado.

—Encuentro su conducta poco correcta, profesor —dijo ella

amostazada.

—Lo siento —repuse contrito—. No debía de haberle hablado de ello. Tal vez el desagrado que le han causado mis palabras se debe a que no soy hombre de sociedad, como mi amigo Chick. A usted le es muy simpático, ¿verdad?

Una suave sonrisa iluminó las bellas facciones de la joven.

—Sí —dijo—, es muy agradable. Para la diversión, es un magnífico compañero.

—Lo siento —repuse—. Siento no ser como él. Acaso se deba a mi afición al estudio, afición, por otra parte, necesaria, puesto que la arqueología es mi «*modus vivendi*».

Ella entendió la alusión y enrojeció.

—No soy ningún parásito social —dijo—. Yo también… también desempeño mi papel y…

María Cristina se interrumpió porque la orquesta había acabado la pieza. Batimos unas cuantas palmas de cortesía y regresamos a la mesa.

Chick se puso en pie.

—Según tengo entendido —ironizó—, mi amigo Val no ha gastado apenas el pavimento, gracias a sus pies, María Cristina.

—Oh —repuso ella con displicencia—, los arqueólogos no están obligados a ser buenos bailarines. A no ser que se trate de danzas prehistóricas, ¿verdad, profesor?

Me incliné ante la muchacha.

—En cierta ocasión dije que un arqueólogo sirve para lo que sirven todos los demás hombres y, además, para rascar piedras viejas y descifrar inscripciones. No obstante, el baile es una cosa que no se estima indispensable en mi profesión, salvo como medio de relación social, y yo no las he tenido muy frecuentes en estos últimos tiempos.

Chick cortó el embarazoso silencio que había sucedido a mis palabras.

—¡Hum! ¡Ejem! ¿Qué les parece si nos fuéramos a acostar? Mañana hemos de madrugar y…

Ella asintió, sin quitar sus ojos de los míos. Fingí no darme cuenta de las miradas que me arrojaba y, en unión de los dos, emprendí la retirada. Pero después de aquello sus bromas con Chick cesaron casi en absoluto.

Estábamos ya en la puerta del establecimiento, cuando, de pronto, una persona surgió ante nosotros.

Urenia y yo nos miramos unos segundos fijamente.

No hablamos ni cambiamos una sola sílaba en aquel corto encuentro, premonitorio de otros que, sin duda, íbamos a tener más adelante y, con toda seguridad, poco agradables. El individuo se limitó, como digo, a mirarme.

Sonrió levemente al verme tan bien acompañado. Después, echándose a un lado, nos permitió el paso, saludándome con una cortés inclinación de cabeza, a la cual correspondí con otra similar.

Pero mis dotes de observación no dejaron de captar el hecho de que también dirigiera una intensa mirada a la muchacha, la cual se estremeció levemente, como si el gesto la hubiese disgustado.

En la calle, María Cristina me preguntó:

—Profesor, ¿quién es ese individuo que nos miraba con tanta curiosidad? ¿Lo conoce usted?

—Oh, sí; pero nuestro conocimiento es solamente superficial. Por cierto, que es compatriota suyo, señorita Azaneda.

—¿Cómo se llama?

Se lo dije.

Ella meditó unos segundos y luego se encogió de hombros.

—No lo he visto jamás en mi vida —contestó tranquilamente, después de lo cual reanudamos nuestra marcha.

Al día siguiente, a primera hora de la mañana, salimos de Tierravista.

CAPÍTULO V



aturalmente, el progreso constante de la civilización ha hecho que expediciones como la nuestra no se efectúen ya en la forma anticuada en que se hacían antes, sino con el máximo, no ya de comodidades, sino de seguridades.

Aparte de que íbamos bien armados, para subvenir a cualquier emergencia de peligro, nuestro viaje se realizaba en un cómodo vehículo, todo terreno, incluso acuático, con cabina estanca para permitir la refrigeración de su atmósfera, dotado de cuatro literas para dormir sin necesidad de tener que levantar un campamento al llegar la noche.

En el vehículo íbamos los cuatro y, salvo un pequeño compartimento para unas cuantas raciones de emergencia y parte de las armas, el resto del equipo iba en un pesado remolque acoplado al primero. Todo había sido transportado por vía astronáutica, dado que no podíamos confiar mucho en hallar cosas

similares en Tierravista en donde, al igual que las restantes ciudades venusianas pobladas por terrestres, casi todo era traído desde nuestro planeta.

Chick se encargó de la conducción del vehículo y diciendo verdad, gozaba con lo que para él era una aventura de nueva especie. Su habilidad como conductor sólo cedía a su temeridad y arrojo y éstos eran muy elevados.

Tierravista había sido edificada con un sentido lógico de previsión para el futuro, junto a la lenta corriente de un ancho río que se deslizaba a unos quinientos metros de la ciudad y cuyas aguas subvenían a todas las necesidades de la urbe, una vez debidamente filtradas y purificadas. Las aguas del Antares, que tal era el nombre de dicho río, eran el origen de un espeso cinturón de vegetación en torno a la urbe, de varios kilómetros de espesor, en la cual se podían reconocer numerosas especies de plantas terrestres, importadas del planeta por las sucesivas oleadas de colonizadores. Continuamente crecía el cinturón vegetal, merced a un costoso pero práctico sistema de irrigación, que permitía una fácil y abundante distribución de las aguas del río.

Pero a unos cinco kilómetros de la ciudad, el panorama cambiaba bruscamente. Una vez perdidos de vista los últimos vegetales, el desierto más absoluto se enseñoreaba del panorama.

Una ilimitada extensión de arenas, formando enormes dunas de ocre color, se extendía ante nuestra vista, sin límites perceptibles, pareciendo un mar sólido, en el que sobresalían, muy de tarde en tarde, algunos enhiestos monolitos de roca que semejaban vagos restos petrificados de algún fantástico naufragio.

Durante un buen rato, el coche corrió por una especie de pista trazada por las anteriores rodadas de otro vehículo. Después, Chick lo hizo virar a la derecha, casi en ángulo recto, en dirección norte, refiriéndonos a esta de la misma forma en que se hacía en la Tierra.

Pasada la novedad, el paisaje se hizo abrumadoramente monótono. De tanto en cuanto, en una forma muy espaciada, se divisaban a lo lejos vagos remolinos de arena, que se deshacían casi al instante. Fuera de la cabina, un cuerpo humano moriría en pocos momentos, completamente deshidratado por la feroz temperatura que reinaba y que en ocasiones llegaba a alcanzar, en el seno de aquel desierto, más de 70°.

Al caer la noche, Chick detuvo el carruaje. Sin apearnos del mismo, tomamos unos rápidos bocados, sazonados con algunos sorbos de agua, después de lo cual nos echamos a dormir.

El dormitorio había sido acondicionado especialmente, teniendo en cuenta que había una mujer con nosotros. La cabina del coche era lo suficientemente grande para permitir un diminuto apartado para María Cristina. Nuestras literas estaban situadas la una encima de la otra, habiéndose aprovechado hasta el máximo el espacio disponible.

Comprobado el perfecto funcionamiento del purificador de aire, así como del climatizador, nos echamos a dormir, sumiéndonos en un pesado sueño casi de inmediato.

No sé el tiempo que llevaría durmiendo, cuando, de pronto, me despertó algo que aún ahora no puedo precisar. ¿Algún leve ruidito en el exterior? ¿Un presentimiento? Lo ignoro.

El caso es que, súbitamente, me encontré con todos los nervios en tensión, y no digo que sentado en la litera, porque mi cabeza habría golpeado con el piso de la de encima, en la que dormía el peruano.

Me sentí inquieto y nervioso, sin saber a qué achacar la causa. Escuché unos momentos, sin oír otra cosa que el acompasado sonido de las respiraciones de mis compañeros de viaje. Pero mi inquietud llegó a tal extremo, que pronto hube de darme cuenta de que no la calmaría si no era averiguando lo que había de extraño fuera y junto al vehículo, porque, estaba seguro, algo había.

Me puse unos pantalones cortos y una camisa, sin apenas cambiar de postura, después de lo cual, a tientas, tomé el revólver de pólvora que por precavida indicación de Chick había dejado al alcance de la mano.

Me deslicé de la litera sin hacer ruido y, descalzo, caminé hacía, la parte delantera de la cabina, junto al puesto de conducción, donde toda la cúpula que la cubría era transparente.

La obscuridad era absoluta, pese a que un oportuno rasgón en la espesa capa de nubes que cubre casi de continuo el planeta, permitía ver un buen trecho del cielo estrellado. Sin embargo, mis ojos, habituados a las tinieblas, lograban divisar algunas sombras confusas en las proximidades del vehículo.

Súbitamente, noté que alguien respiraba muy cerca de mí. Me

volví, sabiendo, antes de contemplar los fosforescentes ojos de la joven, que era ella, por el vago perfume que emanaba de su cuerpo.

—¡Silencio! —susurré.

María Cristina me miró inquisitivamente.

—Creo —continué— que hay alguien fuera del coche.

Un súbito estremecimiento recorrió el cuerpo de la muchacha.

—¿Está seguro, profesor?

—No del todo. Sin embargo… —Y de pronto me callé.

La mano de la joven me oprimió con fuerza el hombro izquierdo. Mis presentimientos parecían ir haciéndose realidad.

Algo se movió por fuera. Dada la absoluta obscuridad que reinaba, no era fácil distinguir sus contornos, ni tampoco si era persona o animal, pero tanto la muchacha como yo estábamos seguros de que era un ser viviente el que nos estaba escrutando en las tinieblas.

La sombra se movió a pocos metros de distancia, hacia la izquierda y hacia adelante, como si describiese un arco de círculo para pasar por la proa de nuestro coche, a una distancia de unos cinco o seis metros. Juraría haber visto brillar un par de ojos, mas no puedo afirmarlo con plena seguridad.

De repente se me ocurrió una idea, con el fin de salir del atolladero en que estábamos. En el momento en que calculé que aquel ser estaba frente a nosotros, oprimí uno de los controles del vehículo.

Un torrente de cegadora luz brotó al instante de los faros delanteros del coche. Atenuado por la relativa impenetrabilidad de la cúpula, un grito llegó hasta nosotros.

—¡Es un hombre! —exclamó en voz alta María Cristina, sin poder contenerse—. ¡Pronto, persígalo, profesor!

—¿Eh? ¿Qué diablos ocurre por ahí fuera? —Se oyó el irritado vozarrón de mi amigo, súbitamente despierto.

No le hicimos caso, atraída nuestra atención por lo que estaba sucediendo a unos metros de nosotros. El hombre a quien había sorprendido mi inesperado gesto, huía del coche, corriendo a toda la velocidad que le permitían sus piernas.

En contados segundos estuvo fuera del alcance de nuestra vista, porque se salió del campo luminoso, sumiéndose en las tinieblas. Mientras tanto, los reniegos se escapaban de mi boca, a causa de mi

incapacidad para poner en marcha el vehículo.

Chick y Gabriel acudieron bien pronto junto a nosotros, alarmados por los gritos de la muchacha. El primero puso en funcionamiento un poderoso reflector que había sobre el techo de la cúpula y, accionándolo por control remoto, lo hizo girar en todas direcciones, sin conseguir nada positivo.

Hubiera llegado a creer que todo había sido producto de un sueño mío, de no hallarse a mi lado la joven. María Cristina había visto al individuo tan bien como yo y de sus palabras no podía dudarse.

—¿Qué diablos puede hacer un hombre aquí, en pleno desierto? Apenas, Chick, malhumorado, consultó su reloj, hace cuatro horas que nos hemos echado a dormir. Ese individuo tiene que vivir muy lejos de este lugar, pero si es así, ¿cómo diablos no se ha cocido con el calor que hace fuera durante el día?

Las preguntas de Chick eran lógicas y sensatas. Pero no había quien pudiera contestárselas.

Alguien sacó cigarrillos, que todos encendimos, menos Gabriel, que denegó secamente, volviéndose casi en el acto a su litera. El corto silencio que había sucedido al acto fue roto por la muchacha.

—¿Qué opina usted, profesor?

—¿Sobre qué? —murmuré algo distraído.

—Sobre el hombre que hemos visto ayer tarde en la ciudad… y el que acabamos de ver.

—Carezco de elementos suficientes para emitir un juicio definitivo sobre el particular. Lo único que puedo decir es que en mi anterior viaje a Venus, el que hice algunos años antes en unión del doctor Guglielmi, nadie había hablado de habitantes de este planeta. Dadas las ruinas descubiertas, se suponía su existencia en tiempos remotos, pero nunca se creyó en la posibilidad de supervivientes.

—Pues la gente hablaba hoy del individuo que hallaron, considerándolo como indígena —objetó ella.

—Falta conocer —repuse— el informe definitivo. No debe hacerse caso alguno de habladurías hasta tanto las autoridades y expertos hayan emitido su dictamen oficial sobre el asunto.

—Eso es tanto como no decir nada —contestó ella, un tanto amoscada.

Me encogí de hombros.

—¿Qué quiere que le haga? La Arqueología es una ciencia que se basa en hechos y que, en cierto modo, tiene relación con la Antropología, en cuanto aquélla es la ciencia que estudia las obras hechas por el hombre en tiempos remotos. Pero una cosa es…

—¡Basta ya! —me cortó Chick—. No nos endilgues uno de tus fastidiosos discursos científicos. No sabes nada, ¿verdad? Pues estás igual que nosotros y eso es lo que importa. Ahora, si no tienen inconveniente, yo me voy a dormir. ¡Haberme despertado para no ver nada! —bufó despectivamente, dando media vuelta y dejándonos solos a María Cristina y a mí.

Mentalmente me felicité de la obscuridad reinante, la cual impidió que la chica advirtiera el violento sonrojo que se había apoderado de mi rostro. Aspiré dos o tres bocanadas del cigarrillo y luego murmuré:

—Lo siento, señorita Azaneda. Me gustaría poder darle más explicaciones, pero…

Vi brillar sus dientes en la obscuridad en una sonrisa comprensiva.

—No se preocupe, profesor —dijo, apretándome suavemente el hombro con la mano—. A fin de cuentas, su misión no es encontrar posibles supervivientes de la extinguida civilización venusiana, sino hallar la otra mitad de la tableta y terminar de descifrar su inscripción. Eso es lo que se requiere de usted y no otra cosa —y luego de una breve pausa, se despidió de mí con un afectuoso—: ¡Buenas noches, profesor!

—Buenas noches —murmuré.

Ya no quise desnudarme para terminar de pasar el resto de la noche. La temperatura, en el interior de la cabina, era lo sobradamente buena para no utilizar mantas, si se quería, de modo que me tumbé en la colchoneta y durante largo rato estuve meditando intensamente acerca de los últimos sucesos. Después, sin saber cómo, me dormí.

Me despertaron unos gritos proferidos por Chick con toda la potencia de sus pulmones. Abrí los ojos, viendo que era ya de día.

Una vaharada de intolerable calor me sacudió el cuerpo. Me arrojé de la litera, poniéndome los mocasines que constituían mi calzado y salí a la carrera fuera del coche, saltando directamente

sobre la arena del desierto.

Chick, María Cristina y Gabriel estaban fuera ya, junto al remolque, una de cuyas portezuelas estaba abierta de par en par, mostrando su interior.

Me acerqué al trío, escuchando los indignados comentarios que hacía mi amigo.

—¡Condenado bastardo! —mascullaba, en el colmo de su cólera —. ¡Mira que hacernos esto a nosotros!

Atisbé por encima del hombro de Chick. La puerta era de uno de los armarios refrigeradores, cuyo interior se veía completamente revuelto, como si una bandada de alegres monos se hubiera entretenido en esparcir el contenido de la cámara por todas partes. Incluso por el suelo había latas y frascos.

—Creo que no hay motivo para ponerse así —dije, conciliador —. Por lo que puedo ver —añadí—, no falta nada, o si falta lo es en cantidad mínima, inapreciable.

—Sí, pero el visitante dejó la puerta abierta. El calor…

Me incliné, empezando a recoger los objetos caídos en el suelo.

—El calor no ha tenido tiempo de dañar los víveres, Chick. Recuerda que todos están enlatados. Ahora volvemos a ordenar las cosas como estaban, se cierra la puerta y de nuevo el motor auxiliar empezará a refrigerar la cámara. ¿Ves como no ha sucedido nada irreparable?

Chick asintió a regañadientes. Hizo, ayudado por Gabriel, lo que yo había indicado, y luego se dedicó a preparar el desayuno, después de lo cual reemprendimos la marcha.

Poco después del mediodía divisamos una línea obscura que rompía la monotonía del paisaje. En el primer momento nos intrigó, pero muy pronto estuvimos en condiciones de adivinar qué era.

Su color verde obscuro se destacó rápidamente del tono ocre del desierto. Comprendimos que nos hallábamos en el borde de una selva, cuyos árboles, frondosísimos, muy juntos el uno del otro, se elevaban a gran altura sobre el nivel general del suelo.

Lo que más me asombró de todo fue la casi brusca transición del desierto a la jungla. En circunstancias normales, un cambio así suele realizarse gradualmente, de modo que es casi imperceptible la mutación; pero allí no ocurría tal, puesto que los primeros árboles hundían sus raíces en la arena. Pero cinco metros más allá, el

deleznable suelo se transformaba en una blanda capa de fresca y jugosa hierba, entre la cual nacían numerosas lianas y plantas trepadoras que se enredaban en los árboles, rodeando sus troncos hasta ocultarlos casi por completo.

De común acuerdo, y a pesar de que aún era de día, decidimos pernoctar en aquel lugar, al pie de un colosal árbol cuyo tronco mediría muy bien diez metros de espesor por cien o más de altura. En previsión de posibles incidentes, nos colocamos cada uno de nosotros un cinturón con un revólver, después de lo cual, Chick y Gabriel se dedicaron a preparar la cena.

La temperatura, al borde de aquella selva, cuyo fin, a derecha e izquierda, no era posible divisar, era mucho más soportable. Cenamos con buen apetito, tras de lo cual y un rato de charla intrascendente, decidimos irnos a dormir, no sin dividir la noche en tres turnos de vigilancia, que nos repartimos entre los hombres, dejando exenta, naturalmente, a la muchacha.

Como fue por sorteo, mi turno resultó ser el último. Vi retirarse gradualmente las sombras de la noche, en un crepúsculo, a pesar de la proximidad del Sol, mucho más largo que el de la Tierra, debido al superior espesor de la atmósfera, así como de la capa de nubes, elementos ambos que se concitaban para provocar una mayor refracción de los rayos luminosos. Entre dos luces creí ver una silueta no lejos del lugar en que nos hallábamos.

Dirigí la mano hacia el conmutador de la luz, pero detuve el gesto, variando la idea al pensar que era mucho mejor dejar que se confiase el indígena. Estaba a una docena de metros, situado tras el tronco del árbol contiguo al nuestro, y sus pupilas relucían en medio del ambiente de claroscuro que nos rodeaba.

Estoy seguro de que él también se había dado cuenta de que yo había advertido su presencia. Durante unos minutos, nos miramos fijamente el uno al otro, hasta que, de pronto, acentuándose la claridad, el hombre dio media vuelta y se sumió en al sombrío verdor de la jungla.

Poco más tarde desperté a mis compañeros, a los cuales no quise relatar el incidente ya que, en cierto modo, carecía de importancia. Desayunamos y después de ello, nos dispusimos a reemprender la marcha.

Chick hizo algunas consideraciones acerca de las dificultades en

que ahora nos veríamos para, proseguir el avance, pero como no podíamos hacer nada por remediarlo, optó por dar media vuelta al arranque y pisar el acelerador.

A los veinte metros nos tropezamos con el primer obstáculo: una especie de arroyo de unos diez metros de anchura por uno de profundidad. Sus aguas eran oscuras y fluían lentamente, pero sin interrupción. En vista de que el vehículo era todo terreno, Chick pisó más aún el acelerador y lo metió en la corriente.

El remolque no llegó a mojarse porque casi en el acto, algo crujió sonoramente en el vehículo y éste se detuvo en seco.

Chick echó el freno y luego soltó una maldición.

—¡Se ha quebrado un eje! —renegó.

Un soplo de consternación descendió sobre todos nosotros al escuchar la desagradable noticia. Naturalmente, llevábamos repuesto de muchas cosas, tales como combustible, gomas y algunas piezas menores, pero no se nos había ocurrido pensar en la fragilidad de los ejes. Y hétenos ahora allí, metidos de hoz y coz en el arroyo y sin poder seguir nuestro camino.

Por unos momentos, todos permanecimos en silencio; luego, Chick exclamó:

—Así no podemos estar; hay que hacer algo —y uniendo la acción a la palabra, echó a un lado parte de la cúpula y se puso en pie en el borde, para saltar fuera del vehículo.

Pero no llegó a hacerlo. Súbitamente, su cuerpo se tensó, al mismo tiempo que su mano se alargaba en dirección al desierto.

—¡Miren allí! —exclamó, con acento de la más profunda sorpresa.

CAPÍTULO VI



i dijera que me sorprendí al ver a Urenia ante mis ojos, mentiría, porque apenas observé que un vehículo se aproximaba, presentí qué no podía ser otro que el extraño individuo que había tratado de lograr mi colaboración, sin conseguirlo.

Urenia salió de su coche, casi exactamente igual al nuestro, salvo en el tamaño y en que no llevaba remolque y en unos segundos se hizo cargo perfectamente de la situación.

—Profesor —dijo—, veo que se han metido ustedes en un mal paso. ¿Puede mi ayuda serles de alguna utilidad?

—Confío en que sí, señor Urenia —repuse, tras de lo cual procedí a hacer las oportunas presentaciones.

Urenia saludó a mis tres compañeros de muy distinta forma a cada uno. El saludo dedicado a María Cristina fue excesivamente versallesco, correcto para Chick y casi, casi, fingió ignorar la existencia de Gabriel.

Por mi parte, yo advertí que dentro del vehículo, de un tamaño casi doble del nuestro, había tres individuos de torvo aspecto y en los cuales era fácil adivinar el escaso o ningún contacto que habían tenido con la cultura.

No pude contenerme y exclamé:

—Señor Urenia, ¿es ése el equipo de reputados científicos que usted iba a reunir?

Los ojos del individuo chispearon un segundo, tornando a adquirir después su expresión falsamente plácida. Sonrió.

—Circunstancias del todo imprevistas me obligaron a modificar mis proyectos en forma casi opuesta a como los había planeado. Sin embargo, creo que ahora de lo que se trata es de ayudarles a ustedes. ¿Cuál es la avería que padece su carruaje?

Chick se lo dijo y Urenia arrugó el entrecejo.

—En la coyuntura actual —repuso—, es imposible efectuar una reparación en forma.

—Entonces —murmuró María Cristina con desaliento—, no sé qué vamos a hacer.

—¿Por qué no se vienen con nosotros? Sugirió Urenia, de manera tan brusca como sorprendente.

La muchacha volvió sus ojos hacia mí, como consultándome con la mirada.

Fingí vacilar, aunque harto sabía la respuesta que tenía que dar al individuo.

—Bien —dije, renuente, al cabo de unos segundos—, creo que no nos queda otro remedio que aceptar su invitación, señor Urenia. Gracias por su amable gesto.

—Oh, se trata simplemente de ayudarnos los unos a los otros. ¿Quieren pasar a mi coche?

—Antes de hacerlo —dije—, sería conveniente trasladar nuestros afectos personales. Además, su vehículo tiene la potencia suficiente para arrastrar el remolque. Éste se encuentra intacto y, en mi opinión, sería cometer una majadería el abandonarlo.

—Nada más justo —concedió Urenia, que se volvió e hizo un gesto con la mano.

Sin más órdenes, los tres esbirros salieron del oruga y empezaron a trabajar, ayudados por Chick y Gabriel.

Mientras tanto, Urenia dijo:

—Verdaderamente, es una increíble coincidencia que nos hayamos encontrado en este lugar desierto, ¿no lo cree así, profesor?

Le miré escrutadoramente, tratando de adivinar en vano qué era lo que se escondía tras aquel rostro impenetrable.

—En cierto modo, no —repuse—, porque, además, estoy seguro de que también lleva nuestra misma dirección, ¿no es cierto, señor Urenia?

—No puedo afirmarlo, por cuanto desconozco la suya, profesor —contestó devolviéndome hábilmente la estocada.

—Pronto, sin embargo, lo sabremos —dije—. Contando, naturalmente, con que la señorita Azaneda, bajo cuyas órdenes me encuentro, desee seguir adelante.

—Por supuesto —dijo ella con voz grave—. Mi interés, como puede deducirse de la presencia del profesor, es puramente científico. Arqueológico, más exactamente dicho, ya que nos encaminamos en busca de las ruinas de una ciudad venusina, muerta desde hace miles de años.

—Entonces, creo que coincidimos. Yo también deseo hacer unas investigaciones sobre el particular, aunque creo que no nos interferiremos mutuamente.

—Eso esperamos nosotros también —murmuró ella, con cierta sequedad.

Chick se acercó en aquel momento.

—Todo está listo ya. Podemos partir cuando el señor Urenia lo estime oportuno.

El aludido se echó a un lado, extendiendo galantemente la mano. Entonces fue cuando advertí que en la izquierda seguía conservando el famoso bastón que ya le viera una vez en mi estudio.

Uno de sus esbirros tomó el mando del vehículo y, desviándolo para no toparse con el nuestro, lo hizo vadear el arroyo, tras de lo cual, nos adentramos en la selva.

Aquellos coches, tanto el que dejábamos atrás como el de Urenia, tenían en la parte delantera una especie de cizallas o tijeras de buen tamaño, con las cuales cortaban las plantas que nos impedían el paso, funcionando de modo automático, apenas encontraban el menor obstáculo. Luego, unas pinzas tomaban los

fragmentos de ramas y de lianas segadas en dos, arrojándolas a ambos lados, también automáticamente.

A pesar de todo, nuestra marcha debía ser forzosamente lenta, dadas las condiciones del terreno. El contador no pasaba nunca de los veinticinco kilómetros a la hora, cuando en lugar favorable el vehículo podía haber alcanzado fácilmente el cuádruplo de dicha velocidad. Más, a fin de cuentas, considerando que no era el tiempo precisamente lo que nos apremiaba, lo tolerábamos fácilmente.

Dado que la espesa masa de árboles impedía la fácil recepción de las imágenes, hubimos de contentarnos con la música emitida por la estación de radio de Tierravista, como único medio de distracción en aquella aburrida marcha. Hora tras hora, la masa verde se deslizó a nuestros costados, sin que en todo el tiempo diera señales de variar.

Por otra parte, en aquella selva observé una curiosa peculiaridad: la total ausencia de animales salvajes en ella. Posiblemente, existían seres de inferior tamaño, mas no era posible divisarlos desde la cabina del vehículo. Ésto, en cierto modo, deprimía, ya que la jungla, pese a su verdor, parecía un cementerio solitario y siniestro, en el que ningún ruido se oía, salvo el suave runruneo del motor y los golpes de la cizalla cuando ésta se ponía en funcionamiento.

Tamizada por la espesa bóveda vegetal, la luz era allí mucho menos intensa que en el desierto. El crepúsculo llegó al fin, con no poco alivio por nuestra parte, indicándonos el término de la jomada.

A pesar del húmedo calor, todos salimos de la cabina, con ánimo de estirar las piernas. Nos paseamos un poco, en torno al vehículo, en tanto los ayudantes de Urenia se dedicaban a preparar la cena.

La noche transcurrió sin novedad apreciable. Urenia no quiso que nosotros montáramos la guardia, encargando de ello a sus esbirros. A la mañana siguiente, desayunamos y enseguida reemprendimos la marcha.

Hablábamos poco, apenas lo indispensable. El coche se bamboleaba alternativamente y poco a poco, más por aburrimiento que por real fatiga, me fui sumiendo en un torpe sopor que me aisló de la vida durante un tiempo impreciso.

Súbitamente, un golpe en el costado me despertó. Alerté todos

mis sentidos instantáneamente.

—¿Qué pasa? —inquirí, viendo que algunos de mis compañeros alistaban sus armas.

—¡Chist! —me dijo la muchacha—. Hemos visto gente.

—¿Dónde?

El dedo índice de María Cristina señaló hacia adelante y hacia la derecha.

—Dos hombres han aparecido ante nosotros un segundo, esfumándose antes de que hubiéramos podido hacer nada.

Pregunté:

—¿Tenían la piel dorada?

—Ésa parece ser una característica anatómica común a todos los nativos de Venus —contestó Urenia de modo sorprendente—. Sí, tenían la piel dorada.

—Como usted —dije, mirándole fijamente.

El hombre se echó a reír.

—Yo soy peruano, no lo olvide usted, profesor. El color de nuestra piel es una mera coincidencia. Si yo fuese de raza negra y los venusinos tuviesen la piel negra, ¿diría usted también que yo soy un indígena?

—Por supuesto que no —repliqué, molesto, pero, en mi fuero interno, concediendo la razón al extraño individuo.

Urenia iba a contestarme, cuando algo le interrumpió bruscamente. Tanto él, como el resto de los que viajábamos a bordo del vehículo, fuimos proyectados hacia adelante con cierta violencia.

—¿Qué diablos ocurre? ¿Por qué te paras? —masculló Urenia, increpando acremente al conductor.

El aludido no hizo caso. Su mano derecha señaló hacia adelante.

—Yo no veo nada —refunfuñó el peruano.

Alargué el cuello instintivamente. Aparentemente, el suelo no tenía nada de particular, pero, fijando la vista con atención, se advertía una leve diferencia de tono entre el trozo de hierba que había frente a nosotros y la que circundaba el coche.

—¿Una trampa? —murmuró la muchacha.

—Mejor será que salgamos a investigar —dije, y el conductor manejó el mando de apertura de la cúpula.

—Yo voy contigo —exclamó Chick, saltando al suelo detrás de

mí.

Avanzamos cautelosamente, pisando con infinito cuidado, contemplados con expectante atención por todos los que habían quedado a bordo del coche.

Súbitamente el suelo falló bajo mis pies.

Estoy vivo gracias a la rapidez de reflejos de mi buen amigo Chick. Él me tomó por un brazo cuando ya mi cuerpo había desaparecido hasta la mitad en la trampa que nos había sido preparada a corta distancia del lugar donde el conductor había detenido el oruga.

Soy fuerte y peso casi noventa kilos con gravedad normal, pero las hercúleas fuerzas de Chick no parecieron tener en las manos otra cosa que una simple pluma, y como una de éstas me sentí izado en el aire, en tanto una buena porción del suelo que había frente a mí desaparecía silenciosamente de nuestra vista.

Pálido por el susto y todavía sudando a causa de la emoción que me había producido el incidente, me retiré unos pasos de aquel lugar, contemplando con absortas pupilas el negro hueco que se advertía frente a nosotros.

—Has estado muy oportuno, Chick —dije.

—Y tú muy imprudente —refunfuñó él. Luego se volvió hacia el coche y preguntó—: ¿Alguno de ustedes tiene un cuchillo o algo por el estilo?

Uno de los hombres de Urenia le alargó una hachuela de hoja afiladísima. Chick la tomó por el mango y buscó con la vista.

Unos momentos después, los dos teníamos en la mano sendas varas, hechas con unas ramas rectas cortadas de unos árboles de pequeña altura. Con ellas en las manos y usando de un sinfín de precauciones, fuimos tanteando el terreno para así delimitar el espacio ocupado por la trampa.

Ésta ocupaba un cuadro de unos diez metros de lado, hallándose en el centro de un pequeño claro de apenas quince de diámetro. Dada la envergadura de nuestro carruaje, se advertía que, de no haber sido por la súbita detención, el coche se habría desplomado al fondo de la trampa, la cual, según pudimos advertir tenía casi otro tanto de profundidad.

Por pura curiosidad me asomé a uno de sus bordes y lo que vi me hizo estremecer de pavor.

Todo el fondo de la zanja estaba cubierto de piedras aguzadas en punta, alguna de las cuales mediría un metro de largo. El vehículo se hubiera destrozado indefectiblemente al chocar contra aquel fondo erizado de púas rocosas y no quiero ya ni hablar de lo que le hubiera sucedido a un cuerpo humano.

María Cristina, curiosa, había descendido del vehículo, lo mismo que Urenia, y los dos, asombrados y estremecidos, contemplaban lo mismo que Chick y yo el fondo de la sima.

—¿Quién diablos habrá hecho esto? —masculló mi amigo, sumamente irritado.

—Posiblemente los indígenas —repuso Urenia.

—¿Quiere usted decir —exclamé—, que los habitantes de Venus tratan de impedir que sea descubierto el secreto de su retiro?

—Todo parece indicarlo así —contestó el peruano—. De otro modo, no se concibe la existencia de esta trampa. Y aquí no hay elefantes que cazar, como en África hacían antaño los negros, con que…

Un grito de María Cristina cortó en seco el parlamento de Urenia.

—¡Cuidado!

Todos nos volvimos instantáneamente.

Algo silbó agudamente por encima de nuestras cabezas y casi en el acto, un seco chasquido se oyó, procedente del árbol más cercano.

Pero ninguno hicimos caso de aquellos sonidos, estupefactos por lo que teníamos ante nuestros ojos.

A unos veinte metros de nosotros, un individuo parecía muy ocupado en poner una saeta en la cuerda de su arco. Una vez lo hubo hecho lo levantó y…

La reacción de Chick fue instantánea. Echó hacia atrás su brazo y luego lo tendió hacia adelante con todo el ímpetu de sus colosales fuerzas.

La distancia era excesiva, pero el hacha la recorrió en una fracción de segundo. La potencia que le había dado Chick al lanzarla era tal que al clavarse hasta el mango en el pecho del indígena, pareció arrancarlo del suelo, arrojándolo luego hacia atrás.

El hombre no tuvo tiempo ni de gritar. Cayó fulminado, soltando

el arco y las flechas.

Mi amigo trató de ir hacia allí, pero yo le detuve.

—¡Todos al coche, pronto!

Urenia y María Cristina fueron los primeros en refugiarse en el interior del vehículo. Antes de hacerlo, sin embargo, salté hacia el lugar donde estaba la flecha y la arranqué de un fuerte tironazo, corriendo luego hacia el vehículo.

Algo silbó agudísimamente junto a mis oídos, espoleándome en mi carrera. Salté dentro del interior de la cabina, cuya tapa se cerró con seco chasquido, en el momento en que una lluvia de flechas caía sobre el vehículo.

Durante unos momentos interminables, una serie inacabable de proyectiles del mismo tipo cayó sobre nosotros. Pero la cúpula transparente y el metal resistían perfectamente el impacto de aquellos proyectiles, cuya caída sobre la estructura del coche, en forma incesante, parecía un denso chaparrón de granizo.

Estábamos seguros dentro de la cabina, protegidos suficientemente contra el ataque de las flechas, pero al ser aquella transparente, no podíamos evitar un instintivo movimiento de esquiva cada vez que veíamos una de aquellas saetas volar rectamente hacia nosotros, disparadas por un invisible enemigo, agazapado tras la espesura de la jungla.

Súbitamente, la lluvia de flechas cesó tan bruscamente como había empezado. Un denso silencio, cargado de siniestros presentimientos, descendió sobre nosotros.

Pe pronto, reparé en la flecha que, atraído por mi pasión científica, había arrancado del árbol. No hubiera tenido nada de particular a no ser por una circunstancia insólita, extraordinaria, ya que era parecida a millones de proyectiles análogos que igual a la misma se han fabricado durante siglos.

Era igual a todas las flechas conocidas salvo en una cosa: ¡su punta era una colosal esmeralda!

La gema estaba tallada en forma puntiaguda y sus bordes eran cortantes y muy afilados. Sólo su valor intrínseco como piedra preciosa era elevadísimo, pero como objeto científico ya no tenía precio. ¡Y aquellos salvajes, considerándolos como a tales, las usaban con insensato despilfarro!

En torno nuestro, pues, había una inmensa fortuna, capaz de

convertir en un Creso a cada uno de nosotros. ¿De dónde habría salido aquel inmenso tesoro?

No pude contestarme a la pregunta. María Cristina lanzó un grito.

—¡Miren!

Levanté la vista, quedándome consternado casi al instante.

Por todas partes surgían de la espesa jungla los indígenas, a docenas, a cientos, todos ellos armados con arcos y flechas e incluso algunos de ellos con azagayas también de punta esmeraldina. Vestían trajes cortos, de un tejido multicolor, suave y esponjoso al tacto, por lo que podíamos advertir desde nuestro encierro.

Olvidando mis temores, olvidando que aquellos individuos deseaban matarnos, en aras de mi curiosidad científica, los estudié durante los breves momentos en que tardaron en rodearnos por completo, formando un espeso círculo en torno nuestro.

Todos ellos, casi sin excepción, eran fuertes y apuestos, sin que se vieran en ellos síntomas algunos de degeneración, como suele ocurrir en las tribus que permanecen durante cientos de siglos aisladas de la civilización. Pese a lo que se diga, el aislamiento total, no es beneficioso para la propagación da la raza, pero la de aquellos individuos evidenciaba un inmejorable aspecto físico, aunque no pudiera decir, en aquellos momentos, lo mismo de sus cualidades morales.

Pronto estuvimos rodeados de guerreros que nos contemplaban con enorme curiosidad. Además, había entre ellos numerosas mujeres, todas ellas hembras de belleza espléndida y magníficamente conformadas las cuales eran, realmente, un regalo para la vista.

La contemplación de aquellos salvajes duró unos cuantos minutos, en tanto nosotros alistábamos las armas para defendernos. Pero, de pronto, alguien lanzó un penetrante grito, que llegó claramente a nuestros oídos a pesar del aislamiento de la cúpula.

Súbitamente, el círculo de guerreros se deshizo. Todos ellos dieron media vuelta y en contados segundos desaparecieron en el interior de la jungla, tan perfectamente como si jamás hubieran existido.

CAPÍTULO VII



lguien lanzó un sonoro suspiro que rompió el encanto en que habíamos caído después de la marcha de los indígenas.

—¡Uf! Creí que esos tipos nos iban a comer crudos —exclamó Chick.

María Cristina se expresó de un modo más sensato.

—¿Por qué habrán huido?

Una repentina hipótesis sé forjó en mi cerebro, bien que, de momento, no quisiera hacerla pública. Miré la punta de la flecha que aún tenía en la mano y luego el ostentoso collar de esmeraldas que la muchacha llevaba continuamente como ornato de su garganta.

Ella se dio cuenta de mi observación y, ruborizándose, se llevó una mano al cuello.

Pero no dijo nada. Durante un largo segundo, nuestras miradas se cruzaron magnéticamente; después, de tácito acuerdo, las

desviamos. Urenia me estaba hablando.

—Profesor —dijo—, ¿cuál es su opinión acerca de esos tipos?

—No puedo dar ninguna, salvo la empírica de que son milagrosos supervivientes de las primitivas civilizaciones venusinas.

—La vida en la selva no es como para tener la epidermis tan atezada, profesor —objetó el peruano.

—¿Quién dice que vivan en la selva? Estaban en ella, lo cual es muy distinto.

—¿Nos habrán tomado como dioses y habrán huido, temerosos de nuestra venganza al ser atacados?

—Es difícil responder, señor Urenia. Desconocemos todo lo concerniente a esos salvajes, salvo que, físicamente, están muy bien desarrollados, aunque no pueda decir lo mismo de sus cualidades espirituales. Ah, y también sabemos otra cosa de ellos. ¡Miren!

Levanté en alto la flecha para que todo el mundo pudiera observarla con comodidad.

Chick lanzó un gruñido de admiración. Por su parte, los ojos de Urenia centellearon de un modo que no me agradó mucho.

—¡Qué tíos! —exclamó mi amigo—. ¡Usar las esmeraldas como simples puntas de flecha!

—Todavía las hay de mayor tamaño —dije—. Algunos de ellos portaban azagayas, y sus puntas eran también del mismo género.

Chick lanzó un silbido. De pronto, dijo:

—¡Abran la cúpula, pronto!

El conductor obedeció instintivamente. Antes de que hubiéramos podido detenerle, ya mi amigo había saltado al suelo y estaba recogiendo todas las flechas que podía, las cuales estaban desparramadas por el suelo en torno a nuestro vehículo.

—¡Aquí hay una verdadera, fortuna! —gritó, regresando junto a nosotros con un enorme brazado de aquellos valiosos proyectiles, que arrojó en el interior. Dio media vuelta y se disponía a regresar por más, cuando le detuve con gesto enojado.

—¡Basta ya, Chick; no seas niño!

Me miró, muy sorprendido.

—¿Por qué? ¿Qué van a hacer esas flechas ahí, perdiéndose sin provecho alguno para nadie?

—A ti no te hace falta alguna el dinero y has recogido las suficientes como para compensarte de sobra los gastos que hayas

podido hacer en esta expedición. Con tres o cuatro como curiosidad, debieras tener más que suficiente.

Accedió a regañadientes.

—Está bien, está bien. Pero sigo opinando que es una tontería…

En aquel momento intervino el peruano. Disimulé, fingiendo darme cuenta de que tanto él como sus esbirros no habían hecho el menor movimiento para recoger una fortuna que estaba esparcida sobre la hierba, al alcance de sus manos, lo cual no dejó de extrañarme.

Urenia dijo:

—Mejor que recoger flechas, creo que deberíamos estudiar la manera de seguir adelante, ¿no les parece a ustedes?

—Eso es precisamente lo que iba a proponerles —repuse. Y añadí—: Creo que, por el momento, no son de temer más ataques de los indígenas, de modo que lo que procede hacer es retroceder unos metros y rodear este lugar, tomando luego la dirección primitiva que llevábamos cuando nos detuvimos. Dos de nosotros pueden ir delante para tantear el terreno, en evitación de encontrarnos con más trampas como ésta.

—Nuestro progreso se reducirá notablemente —objetó el peruano.

—Es la única forma de ganar algo de terreno sin graves riesgos —contesté, a lo que nadie supo oponer el menor reparo.

Unos minutos más tarde habíamos rodeado el lugar y continuábamos nuestro camino. Chick y yo íbamos en cabeza, tanteando con las varas el terreno que pisábamos, y así estuvimos hasta finalizar el día, en cuyo momento y después de una buena cena, nos dedicamos al descanso.

Cuando me desperté, advertí que el coche estaba en movimiento.

Salté fuera de mi litera, encaminándome hacia la parte delantera. María Cristina me salió al encuentro.

—Dispénsenos, profesor. Pero le vi durmiendo tan plácidamente, que me supo mal despertarle. Debía de estar muy cansado, ¿verdad?

—Así es —contesté secamente—. Veo, sin embargo —añadí—, que la marcha se realiza ahora en tono normal.

Urenia me contestó:

—Hemos decidido hacerlo así, aun a riesgo de hundimos en

alguna zanja, profesor. Naturalmente, huiremos de todos los lugares que, como el de ayer, estén demasiado despejados e inviten a pisar el acelerador.

Pero de la otra forma, no acabaríamos nunca de llegar.

—¿Adónde, señor Urenia? —pregunté intencionadamente.

El peruano vaciló unos segundos, cogido por sorpresa; después, sonriendo forzadamente, dijo:

—Al sitio que busco.

—Me gustaría —murmuré—, saber qué es lo que busca. ¿No será, por casualidad —agregué—, una loseta con inscripciones venusinas, partida por la mitad?

—¿A qué se refiere usted, profesor? —me contestó, enarcando las cejas—. En mi vida he oído hablar de semejante objeto. Si tuviera la bondad de explicarse mejor…

—No es necesario —contesté hoscamente.

—Mejor será que, en lugar de discutir vanamente, tome algo de alimento, profesor —dijo la muchacha, alargándome un termo con café y un par de emparedados—. Así no iremos a ninguna parte.

—A mí me gustaría saber si vamos a algún sitio en particular —refunfuñé, de mal talante, después de lo cual me sumí en un ceñudo silencio.

Tres días más tarde y sin nuevos incidentes, llegamos al final de la selva.

* * *

La jungla concluyó de un modo igual a como había empezado: es decir, sin transición ni medias tintas. Y lo que vimos allí, nos sorprendió tanto, que el conductor, sin poderse contener, detuvo el carruaje de modo maquinal, sin que nadie se lo hubiera ordenado. Ni nadie, por otra parte, encontró motivos para reprochárselo.

Un silencio absoluto se hizo entre nosotros, roto momentos más tarde por una ahogada exclamación de la muchacha.

—¡Dios mío! ¡Esto es increíble!

—¿Existe de veras? —murmuró Chick.

Por mi parte, no podía articular una sola silaba, mudo de admiración ante el inenarrable espectáculo que se ofrecía ante nuestros ojos.

A unos trescientos metros del borde de la jungla, la planicie del suelo concluía bruscamente en un conjunta de arriscados farallones cuyo término quedaba casi oculto por la espesa capa de nubes que velaba el cielo. Prácticamente, se trataba de un colosal muro de varios miles de metros de altura por una longitud que no podíamos calcular, ya que se perdía de vista en ambos sentidos.

Pero no fue esto lo que más nos asombró, sino le que teníamos casi frente a nosotros, en el lugar donde los muros de roca formaban una especie de saliente de unos doscientos metros de anchura por casi el doble de alto y una profundidad de un centenar, medidas todas ellas aproximadas y tomadas por simple cálculo de estimación.

Este saliente estaba labrado en toda su extensión, por la fachada y por los costados, hasta el punto en donde se unía con el resto del gigantesco muro. En su interior hubieran cabido varios templos indios, como los de Elefanta, excavados en plena roca, y aún hubiera sobrado espacio para un par de los mayores rascacielos neoyorquinos.

La belleza de las esculturas y de los bajorrelieves era insuperable, aumentada por el hecho de que todo ello parecía tallado en cristal verde, lo que otorgaba al conjunto una luminosidad y una belleza inigualables.

—Esto no puede ser verdad, es un sueño —murmuró la muchacha, con aliento entrecortado.

Creí que María Cristina tenía razón. Era… un sueño de arqueólogo hecho realidad, pero, de pronto, un irresistible temblor me sacudió todo el cuerpo al comprender la verdad.

—¿Qué le ocurre, profesor? —gritó la muchacha, alarmada.

—No…, no puede… ser… —balbuceé, y tengo la seguridad de que mi semblante en aquel momento había adquirido la lividez de un difunto.

—¿Estás malo, Val? —preguntó Chick, asustado.

—No —sacudí la cabeza—. Pero… dense cuenta… Todo…, todo eso es… ¡es una sola esmeralda!

Una interjección se escapó de los labios de todos los presentes al comprender mis palabras. Incluso llegaron a gritar los habitualmente flemáticos y silenciosos sicarios del peruano, quien, por su parte, tenía los ojos dilatados por la estupefacción.

—¡Pedro, pon el motor en marcha! —gritó Urenia, sacudiéndonos a todos con la voz y arrancándonos al éxtasis en que habíamos caído.

Pero no por ello cesaba nuestro asombro. A medida que ganábamos terreno y los detalles de la colosal construcción iban siendo más perceptibles, la admiración iba en aumento hasta embargarnos totalmente.

Al fin, Pedro detuvo el vehículo a veinte metros escasos de la fachada. Abrió la cúpula y todos nos lanzamos fuera de ella, sin reparar apenas en la sofocante temperatura que reinaba en el exterior.

Durante unos segundos contemplamos en absoluto silencio la maravilla que era aquel monumento, tallado todo él en una sola y gigantesca esmeralda, cuyo volumen, juzgando únicamente por lo que podíamos ver, suponiendo que no se prolongase por el interior de los farallones, sobrepasaba los seis millones de metros cúbicos.

¿Qué colosales fuerzas de la naturaleza, qué fenomenales convulsiones geológicas habían actuado allí en el principio de los siglos para fabricar aquella inmensa gema?

Más, tanto como el valor intrínseco de la esmeralda en sí, estaba el valor artístico, porque toda ella, por los costados y la fachada, estaba tallada y grabada, con profusión de esculturas y bajorrelieves, de singular mérito. Figuras humanas de todo género y en toda clase de actitudes, escenas de caza, guerreras y domésticas, todas las actividades, en fin, de aquel pueblo que había sido antaño, estaban representadas allí ante nuestros ojos, en cantidad increíble y más que suficiente, sin embargo, para explicar satisfactoriamente la historia de aquella civilización que, por las trazas, no parecía haberse extinguido del todo.

No obstante, la cosa no acababa del todo, puesto que frente a nosotros había una enorme puerta que daba acceso al interior de aquella esmeralda, sin que, a causa de las tinieblas que reinaban en su interior, pudiera adivinarse el final del túnel frente a cuya boca nos hallábamos.

Súbitamente, alguien perdió los estribos.

—¡Somos ricos! ¡Somos ricos! —gritó uno de los esbirros de Urenia, rotos los nervios por la contemplación de aquella fabulosa fortuna. Tenía un martillo en la mano y corrió hacia una de las

esquinas de la puerta, con ánimo, sin duda, de arrancar algunos trozos de la gema a golpes.

Mi espíritu de arqueólogo se sublevó instantáneamente ante lo que yo consideraba un sacrilegio ultraje a la ciencia.

Sin poderme contener, corrí hacia él, tratando de alcanzarlo, y llamándolo, al mismo tiempo, a voz en grito.

—¡Vuelva atrás, idiota! —le increpé; pero el peruano, ciego, obsesionado por el ansia de riqueza, no me hizo caso.

Llegó a la puerta, asiendo el saliente pie de una de las esculturas con la mano izquierda, en tanto que la derecha levantaba en alto el martillo, dispuesto a asestar el golpe.

Pero no pudo hacerlo.

Súbitamente se oyó algo, que, en el primer momento, me pareció el tañido de una gran campana, amortiguado por la distancia. Un atroz ronquido se escapó de los labios del esbirro, en cuya garganta vi aparecer, de modo súbito, una larga flecha, atravesándosela de parte a parte.

El peruano permaneció unos instantes en pie, rígido, inmóvil; después, fallándole las fuerzas, se desplomó en el suelo, en donde pataleó convulsivamente unos momentos antes de inmovilizarse definitivamente.

Una exclamación de horror se escapó de todos nuestros labios, de modo unánime, al ver lo sucedido a aquel individuo. Mi asombro fue tal que durante unos segundos permanecí allí, en pie, completamente al descubierto, olvidado del riesgo que podía suponer para mí el quedarme en aquel lugar, sin protección de ningún género.

María Cristina fue la primera en darse cuenta del peligro que corría.

—¡Apártese, profesor! —gritó.

El instinto me ordenó hacerlo, mas antes de haber dado dos pasos, la razón se sobrepuso. Con perfecta tranquilidad, volví al mismo punto.

—¿Estás loco? —me gritó Chick, refugiado, como todos los demás, dentro del coche.

Extendí los brazos.

—No, no lo estoy. Ese desgraciado —y señalé al peruano caído —, sí que lo estaba. Por eso lo mataron, para evitar la profanación

que para los habitantes de este templo supone el destrozar una de sus esculturas. Vengan todos aquí; verán cómo, si respetan escrupulosamente esta maravillosa obra de arte, no les sucederá nada.

Hubo una pausa en tanto los ocupantes del oruga meditaban acerca del contenido de mis palabras. Al fin, María Cristina, la primera entre todos, reaccionó y saltó fuera, encaminándose hacia mí.

—Creo que tiene razón, profesor. No vimos a los arqueros, pero a usted podían haberle matado tan fácilmente como a este infeliz y, sin embargo, no lo hicieron. ¿Por qué?

Me volví, mirando hacia adentro sin poder divisar otra cosa que una creciente oscuridad a medida que aumentaba la distancia.

—Supongo que me vieron tratar de impedir el destrozo que quería hacer su compatriota, señorita Azaneda. Ello les convenció de mis intenciones y por ello se abstuvieron de disparar contra mí. Aparte de que, si hubieran querido hacerlo, han tenido tiempo más que suficiente para ello, ¿no lo cree así?

María Cristina asintió en tanto los demás, Chick incluido, se aproximaban tan aprensivamente como fuertemente armados. Llegaron a la entrada, que era perfectamente semicircular, de un diámetro de unos veinte metros, y se detuvieron allí, junto a nosotros.

—¿Qué vamos a hacer ahora, Val? —preguntó mi amigo.

—Supongo que examinar el interior de este templo —repuse—. No hay duda de que está habitado, aunque, por razones desconocidas hasta ahora, los indígenas que viven en él no han juzgado oportuno dejarse ver.

—¿Cree usted que podremos entablar relaciones amistosas con ellos, profesor? —inquirió la muchacha.

—Eso es algo que me agradaría enormemente. De todas formas, si permanecemos aquí, no podremos conseguirlo nunca.

—¡Perfectamente! —exclamó Chick—. Vamos para adentro.

—¡Un momento! —dije, deteniendo con la mano a mi amigo—. Antes hemos de hacer algo —y señalé con la cabeza el cadáver del peruano.

—Tienes razón; vamos a enterrarlo. A fin de cuentas, demasiado cara pagó su locura el desgraciado. Señor Urenia, diga a sus

hombres que me ayuden.

Una hora más tarde estábamos ya en disposición de seguir la marcha. Pedro dejó el vehículo con el remolque cerca de la entrada y, con el fin de iluminarnos por el interior del templo, nos proveímos de sendas y potentes antorchas eléctricas.

Pero apenas habíamos dado dos pasos por encima de aquel pulidísimo pavimento, que brillaba con cegadores resplandores, una flecha silbó por encima de nuestras cabezas, yéndose a perder fuera, a gran distancia.

El tono del silbido me indicó que el proyectil había pasado muy alto.

—¡A cubierto todos! —gritó Chick impetuosamente, desenfundando el revólver de que se había provisto.

—¡Quietos! —grité, comprendiendo el objeto de habernos lanzado la flecha—. No es necesario. Ha sido simplemente, una advertencia.

—¿Advertencia… de qué? —Gruñó Urenia.

Con gesto parsimonioso, dando frente a las tinieblas, saqué mi revólver y lo lancé a bastante distancia, haciéndolo en forma ostentosa. Era un presentimiento que luego se convertiría en realidad.

—No podemos penetrar aquí armados —dije.

—Pero si nos echan mano, nos rebanarán el pescuezo —contestó Chick, con lenguaje harto gráfico.

—Tira el revólver; nadie te hará daño. ¿Crees que, si lo hubieran deseado, no te habrían convertido ya en un acerico?

A regañadientes, Chick y los demás acabaron por acceder. Las armas fueron arrojadas lejos de nosotros y entonces, cuando vi que ninguno de ellos tenía encima otra cosa que la respectiva linterna, emprendí la marcha, llevando a la muchacha a mi lado.

Súbitamente, la luz se extinguió y las tinieblas se hicieron totales. El eco de un golpe sordo llegó hasta nosotros atenuado por la distancia. El suelo vibró musicalmente unos instantes y luego, poco a poco, sus vibraciones fueron alejándose hasta dejar paso a un silencio tan absoluto como la oscuridad.

CAPÍTULO VIII



lguien soltó una iracunda, interjección. Por mi parte, giré en redondo limitándome a comprobar que, por el medio que fuera, habían cerrado la entrada.

—¡Maldición! —Gruñó Chick. ¿Para qué diablos queremos las linternas?— y encendió la suya.

Urenia también le imitó.

Un blanquísimo haz de luz rasgó la oscuridad. Chick y Urenia movieron sus antorchas, comprobando que delante de nosotros, a unos diez metros de distancia, había un muro absolutamente liso, tan pulido como un espejo y sin que pudiera advertirse, a simple vista, la menor solución de continuidad entre él y los curvos muros del túnel.

—Nos han encerrado en una ratonera —masculló Chick, muy enojado—. Ahora saldrá de Dios sabe dónde una turbamulta de esos salvajes, que nos apresarán para cocinarnos.

—¡En salsa verde! —ironicé, provocando una risita de María

Cristina.

Me alegré ver que la muchacha no perdía su presencia de ánimo, a pesar de la adversidad de las circunstancias.

Urenia corrió hacia la entrada, alumbrándose con su antorcha. Regresó unos minutos más tarde, jadeante y sudoroso.

—La entrada está cerrada también herméticamente —dijo.

—Algún medio habrá para salir de este sitio —dije—. Los fantasmas no tiran flechas.

De pronto, María Cristina lanzó un grito. Su exclamación se confundió con otra del vocinglero Chick.

Frente a nosotros, una débil claridad irrumpió a través del muro de esmeralda. Instintivamente, me ajusté la bolsa que había tomado del coche antes de emprender la marcha y que pendía, sujeta de mi hombro, por una ancha correa, con el fin de hacer más cómodo el transporte.

La claridad aumentó por etapas, con saltos graduales, como si al otro lado hubiera varias cortinas, ninguna de las cuales se descorría hasta que había desaparecido la anterior. Cada vez que esto sucedía, el muro parecía dividirse en dos partes que se retiraban, rápida y silenciosamente, hacia los costados.

Finalmente, sólo quedó un lienzo de piedra verde ante nosotros. Una difusa claridad, muy intensa, no obstante, bañaba nuestros rostros de una opalescente luz de dicho tono, haciéndonos adquirir el aspecto de unos cadáveres vivientes. Pero esto duró muy poco.

A su debido tiempo, la cortina que teníamos frente a nosotros, se partió en dos mitades, cada una de las cuales se deslizó a los costados sin producir el menor ruido. Vi entonces que su grosor era de un metro, más o menos, pero no me quedó mucho más tiempo para seguir admirando aquella maravilla.

Ahora la luz entraba a raudales frente a nosotros, pues el final del túnel estaba situado a unos veinticinco metros del punto en que nos hallábamos. Veíamos parte del panorama que había al otro lado y, ansiosos de contemplarlo a plena luz, corrimos hacia la salida.

El espectáculo era realmente maravilloso, impresionante, fantástico. Y la pregunta que inmediatamente me formulé fue: ¿Cómo los terrestres, en sus continuas exploraciones del planeta, no habían podido encontrar aquel lugar tan hermoso?

La boca del túnel estaba situada a unos quinientos metros sobre

el nivel del terreno, pues nos hallábamos en uno de los lados de una colosal excavación, a modo de gigantesco cráter, cuyas paredes opuestas se perdían prácticamente de vista, tanto por la distancia a que se encontraban, como por la altura que alcanzaban, varios miles de metros.

Más que cráter era un inmenso valle, cuyo fondo estaba cubierto, así como buena parte de sus laderas, por una lujuriante vegetación, la cual, no obstante, estaba reducida a ciertos límites marcados con regularidad. En los huecos se veían numerosísimos edificios, resplandecientes y luminosos bajo la dorada luz que se derramaba de lo alto. Mas ahora ya no diré que todos ellos estaban construidos con esmeraldas, puesto que el templo que habíamos franqueado era una maravilla única, que no podía repetirse.

Sin embargo, observé que en la mayoría de aquellos edificios, de simple y agradable construcción, entraba como material principal aquel del que estaba compuesta la losa que me substrajeran del estudio. En algunos no había otra cosa, en tanto que otros estaban hechos de piedra o ladrillo, mas todos, sin excepción, muy bellos y sin excesivos adornos arquitectónicos que echasen a perder, con su abigarramiento, la sencillez de sus líneas.

Para un arqueólogo como yo, aquello era el séptimo cielo o poco menos. No pensaba entonces en la fama que podía reportarme aquel sensacional descubrimiento, sino que los sentimientos científicos se imponían en mí por encima de cualquiera otro.

Hasta el nivel que nos encontrábamos las laderas del valle estaban divididas en grandes escalones o peldaños, para pasar a los cuales se necesitaba utilizar unas amplias escaleras, talladas en la roca, cómodas y de escasa pendiente. Las que teníamos frente a nosotros, daban a una larguísima avenida, de gran amplitud, flanqueada toda ella por una doble fila de singulares esculturas que, en cierto modo, me recordaron la calle de las Esfinges, en Tebas, del Egipto terrestre.

—Bajemos —propuso alguien, sin que nadie se opusiera a la demanda.

Iniciamos el descenso en zigzag. Nos fatigó bastante, porque el desnivel hasta el fondo era de unos quinientos metros, pero media hora más tarde nos hallábamos en el comienzo de la avenida.

Nos detuvimos unos momentos, embargados por la emoción.

Sabíamos positivamente que allí vivía gente. Pero ¿qué hacía? ¿Por qué se escondían los moradores de aquella singular ciudad?

—¿Continuamos? —murmuró Chick.

Asentí, sin que ninguno opusiera el menor reparo. En absoluto silencio reemprendimos la marcha.

Mientras caminábamos, fijé mi atención en algunos detalles. Por ejemplo, el cielo era completamente azul, surcado a trechos por alguna que otra nubecilla blanca y resplandeciente que hacía más agradable aún su contemplación. En lo alto, el sol relucía fulgente, enviando su doble efecto lumínico y caluroso al lugar en que nos hallábamos.

Pero esto no era lo que más me extrañaba sino el hecho de que la temperatura fuese tan agradable, pues, a mi juicio, no llegaba a los veinticinco grados. Además, soplaba una agradable brisa que, aparte de refrescar el ambiente, lo embalsamaba con los efluvios procedentes de los jardines que flanqueaban la avenida de modo casi continuo.

¿Cómo podía concebirse tan singular hecho? ¿Por qué, si el cielo estaba despejado, no nos asábamos de calor? ¿Qué maravilla existía allí para reducir la temperatura a unos límites tan agradables?

Era un misterio para mí, lo mismo que el templo fabricado de una sola y colosal esmeralda. Lo mismo, también, que las enormes estatuas que flanqueaban la avenida, situadas sobre enormes pedestales cúbicos de más de cinco metros de altura y que representaban unos animales de especie completamente desconocida para nosotros pero, que, sin embargo, eran de una singular belleza.

El fin de la avenida apenas si podía divisarse, porque, en la lejanía, parecía convertirse en un punto apenas perceptible. No obstante, a medida que íbamos ganando terreno, fuimos advirtiendo más y más detalles, los cuales surgían también del ocultamiento en que se hallaban tras la espesa cortina de vegetación que teníamos a ambos lados de nuestro camino.

De vez en cuando, divisábamos alguna casa, ninguna de ella mayor de dos pisos, pero todas sus ventanas, si es que las había, estaban herméticamente cerradas. Me imaginé —luego vi que estaba en lo cierto—, que los huecos de los edificios estaban construidos según el sistema de cierre y apertura del túnel. Sin

embargo, no conseguimos ver la menor señal de vida.

De modo casi repentino, la avenida tocó a su fin, ensanchándose en una gran plaza, de pulido pavimento, el cual estaba recubierto de extraños y bellísimos dibujos, semejando un mosaico de colosales proporciones en el que se veían grabadas muchas escenas similares a las que habíamos visto en el templo de esmeraldas. Frente a nosotros había otro casi igual al citado.

Éste era de piedra, de un material idéntico a la de la célebre loseta que me fuera arrebatada por Huanca y Nuymac. Pero bajo los rayos del sol, brillaba deslumbradoramente.

El templo estaba situado sobre la cúspide de una colosal pirámide. Una gran puerta se veía en su centro, de la que arrancaban dos escaleras que, separándose a ambos lados, volvían sobre sí misma, para unirse luego y volverse a separar, formando una especie de fuelle de una docena de etapas. Los peldaños eran muy amplios, cosa que proporcionaba a la escalera una pendiente muy reducida.

Durante unos momentos, permanecimos allí, atontados, estupefactos por el increíble espectáculo que estábamos presenciando.

—Esto es imposible que exista —murmuró Chick.

Inconscientemente, la mano de María Cristina oprimió mi brazo.

El silencio era absoluto. Súbitamente, un extraño sonido lo rompió.

Fue como el tañido de un gigantesco gongo, cuyas vibraciones se extendieron musicalmente por toda la explanada en cuyo borde nos hallábamos. El sonido se repitió dos veces más.

Entonces, la gran puerta se abrió en la fachada del templo y la gente comenzó a salir de él.

—¡Están aquí! ¡Viven! —exclamó jubilosamente la muchacha.

Sentí que un nudo me oprimía la garganta. Al fin, íbamos a entablar relaciones con los habitantes de aquel planeta, con aquellos seres legendarios, con los venusinos, en una palabra.

Porque, aun vistos desde la distancia, sus intenciones parecían pacíficas. Formaban una procesión de varias filas que, subdividiéndose, empezó a descender por las escaleras, con paso lento y mesurado.

Una música sobrenatural, de armonías singulares, bellísimas, se

escuchó como fondo de aquella marcha, compuesto por millares de personas, que iban descendiendo paulatinamente hacia la explanada.

De trecho en trecho, se veían portadores de gongos. Eran dos parejas, las cuales llevaban el instrumento suspendido de una especie de angarillas, cuyos cuatro extremos se apoyaban en sus hombros. El último de la derecha llevaba el mazo y con él golpeaba el disco lenticular de metal, siguiendo siempre el ritmo de la música y aumentando así el efecto sonoro de ésta.

Después de unos minutos la procesión llegó al final de la escalera y entonces, sin la menor vacilación por parte de sus componentes, se dirigió hacia nosotros.

En aquel momento, reparé en que, casi al final de la procesión, un grupo de porteadores llevaban algo sobre los hombros. La distancia era excesiva, pero aun así creí adivinar una especie de palanquín o trono portátil, de gran riqueza ornamental, a juzgar por los destellos y chispazos que despedía al ser herida su estructura por los rayos del sol.

Al llegar a nuestra altura, la doble fila, compuesta cada una, a su vez, por cinco o seis hileras de personas, hombres y mujeres de gran apostura y belleza física, se detuvo, girando de tal modo que se dieran la vista mutuamente. Ninguno de ellos nos miró ni nos dirigió la palabra y, por nuestra parte, nos abstuvimos de hacerlo, comprendiendo que aquéllos eran simples comparsas que no desempeñaban papel alguno preponderante en la escena que se estaba desarrollando. Al detenerse ellos, la música cesó.

Todos ellos vestían de similar manera, blusas y pantalones cortos los varones y túnicas hasta media pierna las mujeres, estas ceñidas por un cinturón de la misma tela esponjosa que había advertido en los otros indígenas. Los colores eran variados y muy brillantes, lo cual confería una singular espectacularidad al conjunto.

Las filas quedaron separadas por una distancia de veinte metros, aproximadamente, formando una especie de ancha calle, por cuyo centro empezó a avanzar el resto de la procesión, con el palanquín en medio.

Poco más tuvimos que aguardar. El grupo que se nos acercaba llegó en contados minutos a nuestra altura. Iba encabezado por un

grupo de personajes vestidos con largas túnicas, todos ellos de edad superior a la media, pero aún bien conservados.

Uno de ellos avanzó dos pasos y se detuvo frente a la muchacha, mirándola profundamente al fondo de sus ojos. Permaneció así unos segundos y luego se inclinó ante ella respetuosamente.

Al levantarse, exclamó:

—La leyenda se ha cumplido al fin. Erianthe ha vuelto para gobernar a los descendientes de Ma'anna. Sé bienvenida a tu reino, señora.

Contuve una interjección que hubiera sido muy poco adecuada a las circunstancias. Chick iba a hablar, pero le detuve con una furiosa mirada. En cuanto a Urenia, Gabriel y los otros dos, su actitud no podía ser más circunspecta.

La muchacha obró con toda naturalidad. Avanzó recta, erguida, con el porte de una reina, encaminándose hacia el lujosísimo palanquín, que había sido depositado en el suelo por sus porteadores, con el fin de permitirle el fácil acceso al mismo.

Entonces fue cuando comencé a entenderlo todo. Pero, sin embargo, me abstuve de hacer el menor comentario, aparte de, porque no lo deseaba en aquellos momentos, porque el individuo que había hablado, nos hizo señas de que le siguiéramos.

Obedeciéndole, nos situamos tras el palanquín, al cual ya había sido dada la vuelta. María Cristina ocupaba el cómodo asiento, en forma de silla curul, ornada exclusivamente de verdes gemas, y lo hacía como si desde niña la hubiesen acostumbrado a desempeñar aquel papel.

A una voz del hombre que parecía mandar allí, los porteadores izaron en alto el palanquín. Entonces, simultáneamente con la acción la música comenzó de nuevo.

Pero ahora el pueblo acompañaba a la música y a los golpes de gongo con sus voces. Era un himno, cuya letra no conseguí entender, de aires triunfales, resonantes, victoriosos, lleno de musical armonía, a cuyos compases emprendimos la marcha hacia el palacio.

Con mayestático paso, formando parte integrante de la procesión, nos encaminamos al palacio.

Pero al llegar al pie de la colosal pirámide, una puerta se abrió

silenciosamente. Los porteadores, con el palanquín y María Cristina, franquearon el umbral, así como los individuos principales y nosotros, situándonos todos en un lugar penumbroso, donde nos detuvimos unos segundos, antes de darnos cuenta de que nos hallábamos sobre una gran plataforma que emprendió suavemente el ascenso.

Comprendí que aquello estaba realizado con el fin de evitarnos las molestias de subir por las escaleras. Por encima de nosotros, el techo se hizo transparente y luego se deslizó a los costados en una amplitud exactamente igual a la de la plataforma, que se detuvo para integrar el pavimento de la enorme estancia en que ahora nos hallábamos.

Frente a nosotros, y de la misma forma que unos momentos antes, un gran trozo de muró se tornó transparente, convirtiéndose luego en una gran puerta. El hombre que había hablado antes, volvió a inclinarse ante la muchacha.

—Reina Erianthe —dijo—, tu pueblo quiere saludarte.

Ella asintió con leve parpadeo. Los porteadores hicieron descender del lujoso palanquín y ella pisó el luciente suelo.

María Cristina se dirigió hacia la puerta, pero el maestro de ceremonias la detuvo con el gesto.

—Un momento, por favor.

Aguardamos, expectantes, pero por poco tiempo.

De una estancia contigua, salieron varias jóvenes, todas ellas muy hermosas y bien formadas, portadoras de varios objetos en sendas bandejas de piedra verde. Me estremecí al pensar en que allí la esmeralda se usaba para casi cualquier cosa. Una sola de aquellas bandejas hubiera bastado para enriquecer una docena de personas en la Tierra, fragmentándola, pero su valor era infinitamente superior en una pieza. ¿De dónde las sacaban?

Una de las jóvenes tomó una prenda de ropa, lujosamente tejida, de color rojo oscuro, que colocó sobre los hombros de la muchacha, ciñéndola a su cuello con un valioso broche. Dos más sujetaron a sus brazos y muñecas, varias pulseras y brazaletes de magnífica labor, adornados —¿cómo no?—, con las inevitables esmeraldas y, por último, el oficiante avanzó hacia María Cristina con una corona cuya contemplación me arrancó un grito de admiración.

Impasible, la muchacha se dejó hacer. Por último, tomó en la

mano derecha algo muy parecido a un cetro y, a una señal del maestro de ceremonias, avanzó hacia la puerta. Los demás la seguimos a prudente distancia.

La música había cesado. Delante de la puerta había una especie, de plataforma de donde partían las escaleras, repletas de gente. Al asomarse María Cristina, un enorme clamoreo la saludó. Hombres y mujeres gritaban alborozados al verla allí y su alegría era completamente natural y sin fingimientos.

De pronto, el maestro de ceremonias se adelantó, extendiendo los brazos, con cuyo gesto impuso rápidamente el silencio.

—¡Hombre y mujeres de Ma'anna! ¡Por fin se ha realizado nuestra profecía! ¡Ved aquí a Erianthe, nuestra reina, hija de W'nith! ¡Ha vuelto del lugar donde estaba desterrada, para unirse a nosotros y reinar sobre el pueblo que durante tantos años la ha esperado! ¡Vedla aquí; está con nosotros… para siempre!

Un inmenso clamoreo acogió las palabras del venusino, después de lo cual éste dio por terminada la breve ceremonia, durante, la cual María Cristina se había portado como si durante toda su vida hubiera desempeñado el mismo papel.

Mientras la multitud se disolvía, nosotros regresamos al interior del palacio. Una vez en el interior, el maestro de ceremonias nos miró brevemente.

—Mis servidores —dijo—, cuidarán de vosotros. Cualquier deseo que tengáis será satisfecho en el acto. Ahora se os proporcionará el alojamiento debido a vuestro rango.

Me adelanté un paso.

—¿Y María Cristina? —inquirí con vehemencia, presintiendo la separación.

El venusino me arrojó una mirada especulativa.

—Tiene sus servidores que cuidarán de ella también. No debéis olvidar en ningún momento que ahora ella es la reina y que sus obligaciones son muy otras de las que ha tenido hasta ahora.

CAPÍTULO IX

hick detuvo sus nerviosos paseos y se plantó frente a mí, con los ojos brillantes por la excitación y la cólera.

—¡No hay derecho a esto, no, señor! ¡Te digo que si no me aclaran pronto el asunto, voy a cometer una barbaridad y…!

Levanté la vista del papel sobre el cual estaba escribiendo y le miré tranquilamente.

—¿Barbaridad? ¿Y por qué, si puede saberse?

—¡Cómo! ¿Es que no te das cuenta de las continuas vejaciones a que nos tienen sometidos? Val, jamás hubiera sospechado de ti una resignación de carácter tan borreguil. ¿Eres hombre o… o…?

Sacudí la cabeza con aire conciliador.

—Me parece que te estás tomando las cosas muy a pecho, compadre. No hay humillaciones ni vejaciones como tú supones, sino, simplemente, que estos tipos no acaban de confiar en nosotros y, claro, nos vigilan discretamente cada vez que nos movemos fuera

del palacio. Pero aparte de esta vigilancia, convendrás conmigo en que el trato no puede ser mejor, Chick.

—Yo lo que quiero es saber de una vez qué va a ocurrir. Desde que llegamos, nos separaron de la chica, a la cual no hemos vuelto a ver. Con el peruano y los otros ha sucedido exactamente lo mismo. ¿Qué les ha pasado?

—Los habrán cocinado y se los habrán comido en salsa… verde.

—¡Eres incorregible! Yo aquí, con los nervios a punto de estallar… y tú entreteniéndote en descifrar esas condenadas inscripciones. ¿Qué diablos puede importarte a ti…?

—Nada, excepto que una vez haya concluido, tendré la clave de todo lo sucedido, no sólo hace miles de años, sino, muy posiblemente también, en los últimos tiempos.

Los ojos de mi amigo se dilataron enormemente.

—¿Qué me dices, Val?

—Lo que estás oyendo. Y ahora, por favor, déjame trabajar. Con tu continua charla me impides concentrarme.

Chick soltó un par de bufidos y luego reanudó sus paseos, en tanto que yo volvía a mi trabajo.

Un par de horas más tarde, levantaba la cabeza.

—¡Bueno! —suspiró—. ¡Al fin lo hemos conseguido! ¡Ya está descifrada la inscripción!

Chick corrió hacia mí, arrebatándome de golpe el papel en que había estado vertiendo al lenguaje corriente las inscripciones y grafismos venusinos.

Lo leyó durante unos segundos con la mayor atención. Después, arrojándolo a un lado, exclamó despectivamente:

—¡Bah! No le veo la gracia. A mí me parece incomprensible. ¿De dónde sacas tú que eso es la clave de todo el asunto?

—Pues, verás… —Pero no pude seguir.

En aquel momento, la puerta se abrió y María Cristina, radiante de juventud y belleza, penetró en la estancia, tendiéndonos ambas manos.

—¿Cómo están? ¿Se encuentran bien?

Por unos momentos no pude articular palabras; el asombro me lo vedaba.

La muchacha vestía una ajustada túnica, que moldeaba sus formas, cubriéndole enteramente el cuerpo hasta los pies, a

excepción de los brazos. El tejido de la túnica era muy brillante y parecía hecho con hilos de esmeralda, de las cuales se divisaba un magnífico cintillo que sujetaba sus cabellos por encima de la frente. El contraste con su piel dorada era realmente subyugador y a Chick le ocurrió también lo mismo: había perdido igualmente el habla.

—¿Qué les pasa? —dijo ella, extrañada.

Reaccioné.

—Oh, nada… nada, sólo que está usted muy hermosa, María Cristina. ¿O debemos llamarla majestad?

—Ahora creo que su nombre es Erianthe —dijo Chick.

Ella sacudió su cabeza.

—Nada de eso, mis queridos amigos. Gracias a ustedes estoy aquí. Para ustedes seré siempre la misma, a pesar de… ¡Oh!, ¿no creen que es maravilloso lo que me está pasando?

—Ahora todo es muy bonito, María Cristina —dije—. Sin embargo, el golpe duro vendrá cuando despierte.

—¡Cómo! ¿Qué está diciendo, Val? No le entiendo.

—Ha sido… No, no me haga caso, se lo ruego. Bien —exclamé, tratando de variar de conversación—, hace ya unos cuantos días que no la veíamos. ¿Qué tal le va como reina de Ma'anna?

Ella me miró suspicazmente durante unos segundos. Luego, desechando sus aprensiones, sonrió.

—Por ahora —dijo—, no puedo quejarme. Val, ¿sabe que esta gente posee una civilización fantástica? Han encontrado el medio de atenuar la potencia de los rayos del sol, dejando el ambiente en una forma muy equilibrada y perfectamente permisible para la vida humana. Creo, yo no entiendo mucho de ello, ¿sabe?, que tienen sobre las crestas de las montañas que rodean el valle una serie de aparatos que regulan, por no sé qué clase de ondas, que emiten, la intensidad de la luz y la temperatura. Asimismo, estas ondas hacen invisible el valle desde la altura, lo cual explica que hasta ahora no hayan sido descubiertos. A pesar de que utilizan arcos y flechas, conocen la energía atómica.

—Y los viajes interplanetarios también —la interrumpí.

Chick soltó una exclamación. Ella me miró, muy extrañada.

—¿Cómo dice?

Señalé hacia la tableta que había estado traduciendo.

—¡Val! —exclamó la muchacha, sorprendidísima—. ¿De dónde la sacó usted? ¿No se la habían robado?

—Desde luego, pero antes había sacado un par de fotografías, lo cual me permitió después, con la ayuda de un compañero de la Universidad, reproducirla a su tamaño natural.

—Eso no me lo habías dicho a mí —me reprochó Chick.

—Me convenía guardar el secreto —repuse simplemente.

—¿Y la otra mitad de la tableta… dónde la obtuvo?

—He visto numerosas copias de la misma por todos los rincones de palacio. Nadie me impidió tomar nota de los signos grabados en ella y luego venirme a mi cuarto para descifrarlos.

—¿Tiene la inscripción completa, Val? —exclamó ella, anhelante.

—Por supuesto. Hace tan sólo unos minutos que había acabado de traducirla, cuando usted llegó, resolviéndome con ello la duda que tenía acerca de cómo encontrarme con usted para que conociera el resto de la inscripción.

—Oh, dígamelo pronto, por favor, Val. ¡Hace tanto tiempo que deseo saber lo que pone en esa tableta!

—Muy bien —accedí, tomando el papel.

La traducción, completando la que ya había hecho antes de nuestra partida, con separación de los dos fragmentos, era la siguiente:

Yo,
W'nith
, príncipe de sangre real = de la familia que reina en
Bes'anna
, cuyo jefe es el Magnífico = y Omnisciente Aidac, de la 48ª dinastía, declaro aquí, para sabidu = ría de mis hijos y sus descendientes: Que a causa de una enemistad = provocada por mis enemigos con el Magnífico, me veo obligado a expatri = arme, alejándome de mi tierra natal en dirección a
Ma'anna
. en donde = espero hallar la patria que ahora se me

niega, en unión de mi = amada Erianthe y mis amados hijos
X'barlo
y
X'kardo
. Y para que los hijos = de mis hijos y sus descendientes sepan algún día quién ha provocado = esta enemistad entre el Magnífico y su hermano
W'nith
, hijos ambos = del mismo padre, pero de distinta madre, diré que se llama Savo el tal = traidor, cuya alma espero se consuma un día en las llamas del fuego = eterno, premio merecido para quien traiciona la confianza que en él ha dep = ositado como amigo.

Y dejo esta inscripción aquí, en = el momento de partir con mi amada Erianthe y mis amados
X'barlo
y
X'ka
= rdo, hacia
Ma'anna
, con el fin de que, si un día mis descendientes regresan, = puedan encontrar los medios necesarios para devolver a nuestra dinastía = el esplendor y el poderío que hoy ya no tiene, opacados sus fulgores = por la codicia y la envidia de Savo y sus esbirros, los cuales se han apod = erado de la voluntad del Magnifico, mi hermano Aidac, el cual me = destierra por haberme casado con Erianthe, una mujer nacida fuera de palacio. = Que los que me lean sepan mi historia, mi inocencia y la perfidia = de mis enemigos, y si son mis descendientes, que castiguen a los = descendientes de mis enemigos y que el más capacitado de todos ellos vuelva a reinar = con paz, justicia y equidad, sobre
Bes'anna

. A punto de = partir para
Ma'anna
, a los diez días, del décimo mes del año cuatro mil = doscientos setenta y cinco de la Cuadragésimo Octava Dinastía. = Paz y amor.

Después de la lectura del antecedente documento, hubo unos instantes de silencio en la estancia.

—Como verán, aquí, en
Bes'anna
, o sea Venus, también se desarrollaban las mismas intrigas que en las cortes palaciegas de los reinos terrestres. Odios, envidias; hijos bastardos, porque
W'nith
declara claramente que lo era; mujeres plebeyas, como Erianthe, su esposa; favoritos que influían en la voluntad de los reyes, como Savo; reyes débiles y corruptos… En fin, que esto apenas si nos descubre nada nuevo.

—Pero
W'nith
y los suyos partieron hacia la Tierra.

—Ésos fueron, sin duda, sus propósitos primitivos. Pero más tarde, debió de arrepentirse y, como sin duda, en Venus sobraba sitio, se estableció en este valle, donde aún viven sus descendientes.

—Ellos fueron a la Tierra —insistió la muchacha tercamente.

—Sostengo que no —repuse yo, también en el mismo tono.

Durante unos segundos, nuestras miradas se cruzaron. Después, ella, con tono más calmoso, inquirió:

—¿En qué se funda para afirmarlo tan rotundamente, Val?

—Simplemente, en un sencillo estudio de la cronología de los hechos. Las cosas pueden deformarse y alterarse según el placer de cada uno, pero hay algunas que siempre son las mismas, perennemente inalterables, una de las cuales es, de modo indiscutible, el tiempo.

—No acabo de entenderle —murmuró ella.

—Para mí —gruñó Chick—, es como si hablases en chino. ¿Quieres explicarte de una vez?

—Con mucho gusto —repuse, pero no tuve la menor opción de

poder continuar.

La puerta de la estancia se abrió bruscamente y un pequeño pelotón de hombres armados penetro por ella. A su frente iba el peruano, cuyos ojos brillaban de cólera.

María Cristina se volvió, pálida por la indignación.

—¿Qué hacen aquí? ¿Quién les ha dado permiso para entrar? ¡Salgan todos inmediatamente!

Urenia se inclinó reverentemente ante la muchacha, no sin que en su afilado rostro apareciese una burlona sonrisa.

—Lo haremos inmediatamente, señora. Apenas nos hayamos llevado con nosotros a esos dos malos consejeros tuyos.

Chick y yo respingamos al unísono. Ella, atónita, exclamó:

—¿Qué es lo que dice usted, Urenia? ¡Ellos son mis amigos y yo la reina de ese país! Por tanto, le ordeno que les deje libres. ¿Me ha oído?

Mientras la joven y Urenia discutían, advertí que entre el grupo de individuos que habían irrumpido en la estancia se encontraban, a su frente, la pareja de esbirros que el peruano había traído consigo, lo cual acabó de confirmar las sospechas que ya tenía sobre el particular.

Cortando mis rápidos pensamientos, Urenia ordenó.

—¡Prendedlos inmediatamente! ¡Estos dos hombres son enemigos solapados de nuestra reina, a quien tratan de engañar con sus falsas protestas de adhesión! ¡Pronto, pronto!

María Cristina se puso delante de nosotros, extendiendo en cruz sus brazos.

—¡Quietos ahí! ¡Soy vuestra reina y exijo dejéis a estos hombres en paz!

—Señora —dijo Urenia, empleando un tono refinadamente cortesano—, os ruego dejéis a mis hombres cumplir con su deber. El profesor Tallacher y el señor Burnside os han engañado miserablemente y con su actitud de resistencia tratan únicamente de haceros continuar en el engaño. ¡Por favor!

—¡Aquí el único mentiroso que hay eres tú, condenado! —vociferó Chick, el cual, perdiendo súbitamente los estribos, se arrojó contra el peruano.

Pero Urenia fue infinitamente más rápido, puesto que se escondió detrás de sus hombres. Éstos, reaccionando, se arrojaron

sobre Chick.

Pero ¿adónde dirigirme, si la única salida que había estaba bloqueada por el grupo de esbirros?

Antes de que pudiera resolverme a hacer nada, dos o tres de ellos se me arrojaron encima. Pude derribar a uno de un fenomenal puñetazo, pero los otros dos me inmovilizaron rápidamente, pese a los gritos y protestas de la muchacha.

Chick resistió más tiempo. Peleó con enorme coraje, derrochando gran cantidad de fuerzas físicas, al mismo tiempo que lanzaba aullidos que empavorecían, mas el peso del número acabó por imponerse y concluyó por sucumbir.

Sujetos fuertemente por aquellos sicarios, fuimos conducidos a lo largo de una serie de corredores en descenso, hasta quedar en una pequeña estancia situada al pie mismo de la pirámide. Era una ergástula excavada muy posiblemente en la misma roca, sin ventilación de ninguna clase cuya puerta se cerró a nuestras espaldas con un tremendo golpe que hizo vibrar los muros.

Durante unos momentos, permanecí aturdido, atontado por el súbito cambio de nuestra situación, En cambio, Chick, más exaltado, se desahogó, despachándose a su gusto con Urenia y su pandilla, hasta que, falto de aliento, hubo de concluir sentándose en el suelo.

La oscuridad era absoluta, dado que no había el menor orificio que pudiera permitir el paso de la luz. A tientas, pareciéndome haber cegado de repente, busqué la pared y una vez la hube encontrado, me senté en el suelo, apoyando la dolorida espalda en el frío muro.

Durante unos momentos, los dos permanecimos en silencio, sumidos en nuestros respectivos pensamientos, los cuales, como es fácil de suponer, no tenían nada de agradables. Claramente se veía que Urenia había conseguido ganarse la voluntad de los venusinos con sus maquinaciones, pero esto no me preocupaba mucho. Mi interés estaba centrado en dos cosas. Primera: ¿qué iban a hacer con nosotros? Segunda: ¿cuáles eran las pretensiones de Urenia con respecto a la muchacha?

De repente, Chick rompió el silencio y exclamó:

—Bueno, ¿y ahora, qué?

Por más que me esforcé, no supe contestar a aquella pregunta.

* * *

Durante largo tiempo, tres o cuatro horas, quizá alguna más, oímos ruidos que se producían al otro lado de la puerta. Después, cesaron en absoluto, envolviéndonos un silencio denso como las tinieblas que nos rodeaban.

Y así pasamos todo un día completo, en la misma situación.

Capítulo X


e modo que por eso irrumpió Urenia en nuestra habitación —murmuró Chick.

—Justamente. El tipo debe de tener espías o bien había hecho instalar micrófonos en nuestra habitación para tenernos bajo observación en todo momento. Por lo tanto, ha averiguado que yo sé la verdad y no le conviene que la revele.

—Sin embargo —gruñó Chick—, lo que nunca me imaginé es que la muchacha anduviera mezclada en todo esto. Lo han sabido disimular muy bien.

—Oh —repuse displicente—. Para mí que ella no es más que una joven a la que Urenia supo imbuir hábilmente ideas de grandeza. Le contó todo este cuento y ella picó el anzuelo con toda facilidad. María Cristina es bella y hermosa y tiene dinero, cualidades más que suficientes para hacerla sobresalir en el medio en que habitualmente nos movemos. Pero ella ha considerado siempre una forma vulgar de sobresalir el adquirir renombre en la escena, bien

teatral o cinematográfica o televisada. Consecuencia, adquiere este reinado y de golpe y porrazo se hace la mujer más famosa de la Tierra…

—Y de Venus, no lo olvides —me interrumpió mi amigo.

—Y de Venus —repetí—. Y así, de esta manera, adquiere, además, rango de jefe de estado, con las prerrogativas que esto trae inherente. El gobierno terrestre se encontraría ante el caso de tener que discutir sus condiciones de instalación en este planeta al encontrarse con que está poblado y que tiene un gobierno con el cual pactar. Urenia sería el primer ministro del gobierno de María Cristina y quizá, quizá, con el tiempo, incluso hasta su marido, de modo que ya te puedes imaginar las ventajas que obtendría al conseguir sus propósitos.

—Es un plan maravillosamente urdido —declaró Chick, con franca admiración.

—Sí, si sale bien, por supuesto —murmuré.

—¿Cómo no le va a salir bien? Los dos únicos que podían chafarle la papeleta somos nosotros… y estamos aquí, inmovilizados y ¿quién sabe si hasta en peligro de muerte?

Torcí el gesto, pues Chick decía la verdad.

—No sé si Urenia se atrevería a tanto —dije vacilante.

—¿Por qué no? ¿Quién se lo iba a impedir?

—En la Tierra saben que la expedición de la cual formamos parte…

—En la Tierra se callarán en cuanto les den una excusa cualquiera acerca de nuestra muerte. Incluso pueden decir que nos ejecutaron como enemigos peligrosos. Habría mucho escándalo, pero a la larga todo se acallaría, máxime cuando aquí hay riquezas suficientes para pagar la indemnización que se les exigiera. La razón de estado acabaría por imponerse a cualquier otra consideración, Chick; y si has estudiado un mínimo de historia, comprenderás lo que te digo fácilmente. Casos como el nuestro los ha habido a millares, sin que luego haya ocurrido nada, ¿me entiendes?

Chick asintió con un gruñido.

—¡Vaya un panorama que me pintas! —exclamó.

—Estoy tratando de hacerte ver las cosas tal como son. Somos amigos y de nada nos serviría engañarnos mutuamente.

—Tienes razón —contestó él—. Ahora, que si el tipo ese piensa

liquidarnos, que procure no ponerse al alcance de nuestras manos. Si le pongo las mías encima…

No pude contenerme. De mis labios se escapó una amarga risa.

—¿De qué te ríes, estúpido? —me increpó Chick.

—¿Piensas que Urenia necesita ponerse al alcance siquiera de tu vista para deshacerse de nosotros? ¿Te has fijado dónde estamos? ¿Te has dado cuenta de que han transcurrido ya veinticuatro horas sin que nadie haya dado señales de vida?

Hubo una pausa de silencio. Sesenta segundos más tarde, Chick exclamó:

—¡Oh, no, no! Eso sería horrible, monstruoso, Val… ¡Dejarnos morir aquí, en esta ergástula, de hambre y de sed! ¡Ese hombre está loco!

—Sólo en lo que concierne a su delirio de grandeza. En lo demás, razona perfectamente y, en el fondo, encuentro lógico que trate de librarse de unos enemigos como nosotros, que pueden echar a perder sus planes tan cuidadosamente trazados.

—Al menos —dijo Chick—, que nos mate de una vez, pero sin largas agonías. No le tengo miedo a la muerte, pero ¡morir de hambre!…

Moví la cabeza afirmativamente, a pesar de que sabía que mi amigo no podía verme.

—Es lo más seguro. No sé si te habrás fijado en un detalle: los ruidos que llegaban a nosotros a través de la puerta.

—Sí, los oí, pero no supe identificarlos.

—Posiblemente —dije con toda la tranquilidad que me fue posible—, la estaban tapiando, Chick.

Éste soltó un grito.

—¡Oh, no, no! ¡Val, dime que eso no es cierto, por lo que más quieras!

No contesté; ¿para qué? ¿Qué más podía añadir a algo que, desgraciadamente era la pura verdad? Durante todo aquel tiempo había estado tratando de ocultárselo, pero de nada hubiera servido tenerle engañado. Cuanto antes conociera la verdad, mucho mejor para él, aparte de que no hubiera tardado en averiguarlo por sí mismo.

Callamos. Así pasaron veinticuatro horas más y luego otras tantas.

Tres días más tarde, ya no nos cabía la menor duda de que Urenia había decidido ejecutar su proyecto en la forma que yo había descrito. Nos había condenado a una de las peores muertes que puede soportar un hombre.

Ya empezábamos a ver cosas raras delante de nosotros. El estómago nos dolía espasmódicamente y teníamos la lengua hinchada e hipersensible, de tal modo que apena si podíamos rozar los dientes con ella, pues el menor movimiento nos causaba dolores intolerables.

Chick empezó a murmurar. Me di cuenta de que deliraba a ratos. Comprendí que flaquease antes que yo, dada su colosal fortaleza. En circunstancias análogas, son los hombres fuertes los que caen antes, en tanto que los magros y delgados suelen resistir mucho mejor, lo cual no quiere decir que yo lo fuera. Sin embargo, siempre había sido mucho más frugal que él, puesto que su organismo requería grandes cantidades de comida, no sólo por su volumen, sino por la vida de intensa actividad que siempre había llevado, tan opuesta a la mía, generalmente sedentaria y escasa consumidora de energías.

Por eso me conservaba yo mejor que él, aunque también padecía bastante.

Sin darme cuenta, de lo que me sucedía, caí en un torpe sopor. Tendido en el frío suelo de la celda, empecé a ver cosas raras, confundiéndolas, a veces, con las reales, de tal forma que ya no sabía si estaba dormido o despierto. ¿Cuánto tiempo transcurrió de este modo?

No lo sé. Mi primer recuerdo se remonta a un leve chirrido que me despertó, alertando todos mis sentidos.

Toqué el cuerpo de mi amigo. Chick se incorporó penosamente.

El ruido se repitió. Era como el de una bisagra mal engrasada, pero movida con precaución. ¿Quién estaba abriendo allí una puerta?

El ruido continuó. Bruscamente, un tenue rayo de luz penetró en la ergástula.

La luz aumentó hasta límites intolerables para nosotros, que llevábamos más de tres días sumidos en la oscuridad total. Cerramos los ojos, deslumbrados, cubriéndonos incluso con los brazos.

Por un momento pensé en defenderme, pero pronto me dije que

mi debilidad no me permitiría hacer muchos esfuerzos. Con precaución, fui abriendo los ojos hasta advertir que, frente a mí había un hueco cuadrado abierto en el muro pétreo, que era por donde penetraba la luz.

Detrás de la luz entró una persona, a gatas, pues el orificio no era lo suficientemente alto para permitir el paso en pie. Yo quise incorporarme, pero lo único que conseguí fue ponerme de rodillas. En cuanto a Chick, hubo de contentarse con quedar a gatas.

Por unos segundos pensé que el hombre que venía era enviado por Urenia, para poner un rápido fin a nuestros padecimientos. Pronto, sin embargo, tuve ocasión de salir de mi error.

—¡Gabriel! —grité, pero en realidad sólo fue un vago murmullo el que salió de mis labios.

El servidor de María Cristina se incorporó apenas hubo franqueado la estrecha puerta. Vino corriendo hacia nosotros y se arrodilló, dejando la linterna en el suelo.

Tenía una especie de bolsa pendiente del hombro, de la cual extrajo una cantimplora con agua. ¡Nunca me ha sabido mejor el preciado líquido ni jamás he encontrado nada más sabroso que aquel trozo de galleta que nos dio para saciar momentáneamente nuestras necesidades físicas!

Durante unos momentos, ni Chick ni yo supimos hacer otra cosa que beber y devorar el agua y los alimentos que Gabriel nos había traído. Cuando, al fin, nos sentimos mejor, le agradecimos lo que había hecho por nosotros.

—Es en nombre de ella que lo hago —dijo—, aunque, de momento, lo ignore.

—¡Cómo! —me asombré—. ¿No sabe María Cristina que usted está con nosotros, Gabriel?

Una pálida sonrisa se dibujó en el rostro del peruano.

—Hasta ignora la existencia de este pasadizo. Hubiera venido antes, pero Urenia me tenía muy vigilado. He aprovechado unos momentos de descuido para escaparme y llegar hasta aquí.

—Usted conocía la existencia de este pasillo —dijo con suspicacia.

—Sí, claro —contestó con renuente acento—. Pero ahora no debemos entretenernos más. Vámonos de aquí, pronto, antes de que sea más tarde.

Aquellos sorbos de agua y los pocos bocados que habíamos comido nos habían devuelto las fuerzas casi enteramente, como por milagro. Gabriel tomó la antorcha eléctrica con que nos había iluminado y agachándose, se metió por el angosto túnel.

Le seguimos, arrastrándonos por el pasadizo durante algunos minutos. Confieso francamente, que en aquellos momentos llegué a sentir claustrofobia, mas antes de que este sentimiento se apoderase totalmente de mi sistema nervioso, vi que Gabriel sé incorporaba.

Le imité y Chick a continuación. Llenos de asombro contemplamos el lugar en que nos hallábamos.

Era una especie de bóveda semiesférica, de unos cien metros de diámetro, por la mitad, más o menos, de alto. En su parte superior, había un orificio de ocho o diez metros de anchura y en su centro, abajo, ocupando casi todo el restante espacio, se veía un gran lago de aguas quietas, de negro color.

La luz de la linterna apenas si era suficiente para despejar las tinieblas que teníamos frente a nosotros. Pero daba bastante luz para divisar los peldaños de una escalera que, ascendiendo, contorneaba parcialmente le cúpula hasta desaparecer en el interior de la misma.

El trazado de la escalera era atrevidísimo, porque sus peldaños se proyectaban hacia afuera, cayendo a plomo sobre el agua. El punto máximo, más alto, en donde se escondía bajo la cúpula, venía a tener unos veinticinco o treinta metros sobre el nivel de las aguas y siendo las paredes absolutamente lisas, sin el menor asidero, era fácil comprender que una caída en aquel estanque debía ser mortal de necesidad.

Guiados por Gabriel emprendimos el ascenso. Lo hicimos con ciertas precauciones, ya que los peldaños no eran muy anchos, pero antes de que pudiéramos llegar al término de la misma, algo silbó agudamente en el aire.

El silbido concluyó en un sordo choque, que hizo erizar mis cabellos de pánico. Gabriel lanzó un agudo grito y, soltando la linterna, que cayó sobre uno de los peldaños, se llevó ambas manos al pecho.

Acostumbradas mis pupilas a las tinieblas, pudo ver, espeluznado, que la punta de una flecha le asomaba por la espalda. El peruano se inclinó sobre sí mismo y empezó a caer hacia fuera.

A riesgo de ser arrastrado por su caída, alargue la mano para sostenerle. No pude hacer otra cosa que apoderarme de la correa de la bolsa, que cedió a su peso, rompiéndose con seco chasquido.

Las aguas espumearon al recibir en su seno el cuerpo del desgraciado. A mis espaldas, Chick lanzó una maldición.

Una linterna nos enfocó con sus rayos, deslumbrándonos. Bruscamente, una sonora carcajada estalló por encima de nosotros.

Reconocí al instante el tono de aquella voz.

—¡Pobres desdichados! —exclamó Urenia, en tono de burla—. De modo que os habíais hecho ilusiones de salir con vida, ¿eh?

—Todavía la conservamos —dije, con escasas ilusiones acerca de nuestro futuro.

—Por poco tiempo, sin embargo. Unos segundos, acaso un minuto…

—Por lo visto le estorbamos, ¿verdad? No le gusta que haya personas vivas que un día puedan contar la colosal superchería que ha montado en torno al pretendido reino de la señorita Azaneda. María Cristina Fernández de Azaneda, princesa inca, descendiente de los venusinos que un día huyeron a la Tierra, vuelve, al cabo de los tiempos, a cumplir en su persona la profecía. ¿No es eso lo que usted pretende, Urenia?

—Ustedes no podrán impedirlo —dijo—. ¿Cómo lo supo, profesor? —preguntó después, invadido por la curiosidad.

—Nunca nuestro planeta recibió gentes de otros mundos —dije en tono firme—. No es usted el primero en montar la leyenda de que los incas, o los mayas o los aztecas, eran descendientes de gentes de otro planeta. Pero eso es históricamente falso y está lo suficientemente probado para que ningún investigador medianamente dotado pueda creerlo. Pudo engañar a una muchacha inexperta, pudo engañar a estas gentes sencillas, pero no a mí, Urenia. Ni a cualquiera que tuviera dos dedos de frente, científicamente hablando, por supuesto.

—Le voy a matar, profesor —murmuró, lívido de rabia.

Yo continué:

—Y si concedemos que nadie llegó a la Tierra procedente de otro planeta, es obvio que la señorita Azaneda, pese a su ascendencia incaica, no puede ser descendiente de estos venusinos. Éstos sí lo son de

W'nith
y su esposa Erianthe, los cuales, huyendo de la cólera de su hermano Aidac, dieron con este valle en donde se refugiaron, seguros de no ser hallados y en donde, al ver las magníficas condiciones que ofrecía para la vida, decidieron quedarse antes de emprender una peligrosa aventura como era el viaje a la Tierra hace… pongamos seiscientos años, más o menos. ¿Qué hubieran hecho ellos de caer en una de las turbulentas naciones europeas del siglo quince? Mejor les fue quedándose aquí, en donde sus descendientes crecieron pacíficamente, hasta formar el pueblo actual, únicos supervivientes de toda la raza venusina.

—¿Cómo lo sabe usted, profesor?

—Es algo elemental, mi querido… Urenia. Basta para ello, efectuar un sencillo cálculo, a base de la población que contiene el valle. En modo alguno, pues, pudo suceder lo que la tableta cuenta hace miles de años, dando origen así, a otra civilización también milenaria: la incaica. En esta hay leyendas que hablan de gentes que llegarían del lado del sol. Y llegaron, en efecto; pero fueron los españoles. Los venusinos quedaron aquí y éstos son los descendientes de
W'nith
y Erianthe. Se aprovechó bien de la fantástica coincidencia que existe en los rasgos de ambas razas para urdir su trama, cuando en cierta ocasión, durante sus andanzas, tropezó con un indígena. El hombre que adoptó el nombre de Gabriel y que luego, arrepentido de su superchería, trató de evitar que usted la consumara. Con la señorita Azaneda en el trono y usted al lado, contando con su agradecimiento, habría obtenido increíbles ventajas, ¿no es cierto, Urenia?

El peruano lanzó un rugido de rabia al verse totalmente descubierto. Aulló:

—¡No lo repetirás a nadie, maldito!

En aquel momento sonó un agudo grito.

Reconocí al instante la voz de la muchacha, la cual, sin duda, debía de haber escuchado todas mis palabras. Urenia, sorprendido, se volvió.

Chick lanzó un alarido de rabia, arrojándose, a falta de otra arma, sobre la linterna. La tomó en sus manos y la arrojó con todas

sus fuerzas, en el mismo momento en que Urenia disparaba contra él su arco. Para manejar mejor el arma, se había colgado la antorcha del cuello.

Chick lanzó un aullido de dolor y se aferró al hombro, atravesado limpiamente por la saeta de lado a lado. Se arrodilló, maldiciendo en tanto trataba de arrancarse el proyectil.

Mientras tanto, Urenia había puesto otra flecha en la cuerda. Pero no tuvo tiempo de dispararla.

En tanto hablaba, yo había advertido —y agradecido profundamente tal precaución—, que Gabriel se había provisto de un revólver de lo más terrestre que pueda uno imaginarse. Ya lo tenía en la mano, listo para utilizarlo, cuando el impetuoso Chick precipitó los acontecimientos.

Las detonaciones estallaron con profundos ecos bajo la bóveda, repercutiendo en esta numerosas veces. El ruido de los disparos acalló los gritos de dolor de Urenia quien, por unos segundos, logró, apelando a su voluntad, mantenerse en pie.

Súbitamente le fallaron las fuerzas. Soltó el arco que cayó a sus pies y luego, desplomándose de bruces, rodó por los escalones. Rebotó en ellos un par de veces, agitando brazos y piernas de modo macabro y luego acabó por saltar al vacío, volteando de modo espantoso.

El ruido del agua al chasquear nos indicó claramente el fin del forajido. Y el de nuestros padecimientos también.

* * *

Estábamos a pleno sol, libres de la pesadilla de los últimos días, gozando del maravilloso espectáculo que se contemplaba desde una de las terrazas del palacio. María Cristina y yo teníamos juntas las manos y nos mirábamos con ternura. No nos lo habíamos dicho aun, pero los dos conocíamos nuestros mutuos sentimientos.

—Val —dijo ella al cabo, tras leve titubeo—, no sé qué pensarás de mí… y de mis delirios de grandeza. Me siento terriblemente avergonzada… y la verdad, no sé qué disculpa dar…

—No tienes que decirme nada —repuse—. Lo importante es que todo haya terminado bien. Tú serás mi esposa y Chick, discretamente, no dirá nada de todo este malhadado asunto. Te

prefiero así y no reina de Venus.
—Tú te harás célebre después de tan sensacional descubrimiento, Val.
—Prefiero tu amor a la felicidad.
—Tendrás las dos cosas, querido —y me sonrió como de ahora en adelante sólo lo haría para mí, lleno su rostro de luz y amor.
—
Bad'dan
—éste era el nombre del indígena— quiere hablaros, pareja.
—Veréis —empezó a decir
Bad'dan
—, hemos estado pensando en lo sucedido. Nosotros también creímos en la leyenda, que ahora ha sido destruida. Sin embargo, nos hemos dado cuenta de que nuestro aislamiento toca a su fin. Hace tiempo que venimos observando los movimientos de los terrestres y nos dábamos cuenta de que un día u otro tendríamos que entablar relaciones con ellos. ¿Por qué no os encargáis vosotros de dicha labor?
—No pertenecemos a vuestro pueblo… y en el nuestro no tenemos cargo alguno oficial —objeté.
—Eso no es inconveniente —repuso
Bad'dan
—. Os concederemos de inmediato lo que vosotros llamáis nacionalidad… y además, puesto que hasta ahora, esperando a los descendientes de
W'nith
y Erianthe, hemos carecido de cabeza visible de nuestro gobierno… ¿por qué no lo sois vosotros?
Cerré los ojos, mareado. No, aquello no podía ser.
—Aquí —continuó
Bad'dan
—, tenemos una especie de asamblea que es la que gobierna el país de Erianthe.
—¿Erianthe es el nombre que le dais?
—Lo hacemos así desde tiempo inmemorial, en recuerdo de la esposa de
W'nith
, nuestro fundador. Pero quiero que escuchéis la propuesta de la

asamblea. Deseamos que seáis nuestra cabeza visible de gobierno, bien que las decisiones queden reservadas para nosotros. Vuestra llegada ha convencido a los más reacios de que la profecía ya no se cumplirá… al menos en la forma que lo esperábamos. Sin embargo, puede ser de otra, muy parecida, si vosotros lo deseáis.

Traté de dominar el aturdimiento que me invadía.

—¿Y… y tendremos que vivir aquí?

—Por supuesto. Pero nadie os impediría viajar, cuando os pareciera bien, a vuestro planeta, siempre que consideraseis a Erianthe como vuestra residencia definitiva.

—Éste es un país magnífico —murmuré.

—Encantador —dijo ella.

—Los terrestres nos invadirán… como turistas.

—Los mantendremos a raya —exclamó Chick a voz en cuello—. Y yo me encargaré del asunto.

Nos echamos a reír. Tomé a la muchacha en mis brazos.

—Tendré que cambiarte el nombre —dije—. Ahora te llamarás Erianthe.

—Me gusta. Es muy bonito.



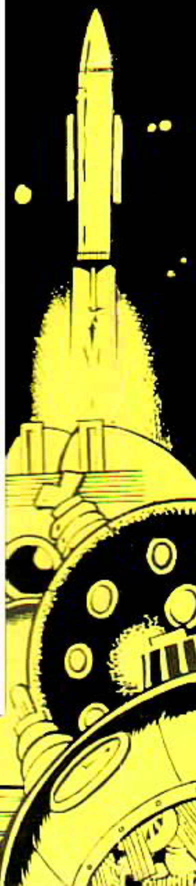


LUIS GARCÍA LECHA. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales, Bruguera y Toray, que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos
Can-Can
y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.





Escena de YO FUI EL DOBLE DE MONTGOMERY

Distribuida por C. B. Films